

# La Ilustración Artística

Año XVI

BARCELONA 19 DE ABRIL DE 1897

Núm. 799

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## ACCIDENTE

CUADRO DE FRANCISCO MIRALLES  
(Salón Parés)

El arte moderno ha conducido á la pintura por nuevos derroteros, ajustados á las corrientes de la época en que vivimos. Ya no seducen los efectismos de color que responden á la aplicación de hábiles recursos: exítese del artista la expresión del concepto, el desarrollo de un estudio que retrate un cuadro real ó plantee un problema psicológico. De ahí la creciente importancia de la pintura de género y costumbres, pues además de la que puedan tener, distingúense por el valor social

y filosófico. Una y otra confúndense de tal suerte, que es difícil determinar en dónde empieza y acaba su respectiva esfera de acción. Ambas facilitan el práctico conocimiento de la vida y predisponen al artista para concebir nobles y grandes empresas, entre ellas la de analizar el espíritu de la época y los dramas nuevos y complicadísimos que conmueven actualmente nuestra sociedad.

A esta clase de producciones pertenece el hermoso cuadro del Sr. Miralles, de asunto tan dramático como sentido, interesante por el concepto y bello por su tonalidad. El artista ha escogido como tema la representación de un accidente en una vía pública. Una jovencita, al intentar atravesarla sorteando los lujosos trenes que por ella circulan, tropieza y cae, en el

preciso momento en que un carruaje, arrastrado por dos briosos caballos, amenaza atropellarla. Así ocurriría si rápido como el peligro no se hubiese adelantado un obrero á socorrerla, coadyuvando á la acción de la elegante dama, que con varonil esfuerzo refrena el tronco. Altamente dramática es la escena y tan sentida como filosófica. La opulencia esforzándose por salvar á la infeliz niña; el artesano, falto de medios, pero rico en sentimiento, exponiendo su vida por conservar la ajena. Dos clases distintas, animadas por igual estímulo, alentadas por análogo pensamiento.

Aplauso merece el artista por su nueva obra, que consideramos como meritísima por la belleza de su ejecución y por la elevación del concepto que entraña.

## EXPOSICIÓN PARÉS



ACCIDENTE, cuadro de Francisco Miralles

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea. Devocionarios y rosarios*, por Emilia Pardo Bazán. — *Francisco Pi y Margall*, por A. Sánchez Pérez. — *El turno de Pepe (Tipos madrileños)*, por M. Ossorio y Bernard. — *Nuestros grabados.* — *La ondina de Breña* (continuación). — SECCIÓN CIENTÍFICA. — Libros.

**Grabados.**— *Accidente*, cuadro de F. Miralles. — *Ensueño*, cuadro de P. Saenz. — *Francisco Pi y Margall.* — *Guerra de Filipinas*, tres grabados. — *El Domingo de Ramos en los Abruzzos*, cuadro de C. Tiratelli. — *Primavera*, fotografía. — *En el parque*, cuadro de R. Ribera. — *Pinar á orillas del Guadaira*, dibujo de M. García Rodríguez. — *El Amor y el Interés*, escultura de J. Bilbao. — *D. Bartolomé Pérez Casas.* — *Juan Brahms.* — Figs. 1 á 4. Aparatos de salvamento. — Lámpara de M. Brenot. — *Preparativos de pesca*, cuadro de D. Baixeras.



ENSUEÑO, cuadro de Pedro Saenz

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## DEVOCIONARIOS Y ROSARIOS

¿Habéis fijado la atención alguna vez en esos objetos que son de devoción y de adorno juntamente? Se os ha ocurrido observar cómo transforma la moda, que en todo se mete y no deja quieta cosa alguna, lo que más perenne é inimitable debe ser, y cómo se diferencian los rosarios y los devocionarios antiguos de los actuales.

El devocionario no es sino el arcaico horario ó misal, reducción del enorme códice con miniaturas donde se contenían los Evangelios, y que necesitaba atril. Los horarios eran idealmente hermosos antes de que los echase á pique la invención de la imprenta. Sus páginas de vitela, de un suave blancor amarillento, estaban bordadas por el infatigable pincel del miniaturista; cada letra era una malla de encaje, cada capital una estrella, y las orlas y láminas otros tantos prodigios que hoy se buscan y estiman y admiran, y también se imitan ¡ay! desgraciadamente. El horario era algo personal; cada devoto lo bastante rico para darse el lujo de poseer y manejar ese objeto de arte, que se heredaba como los tapices y las joyas, lo hacía á su gusto y le comunicaba su espíritu. El misal de cierto monarca demasadamente inclinado á galanteos, contenía una serie de representaciones de las penas que en el infierno se aplican á este pecado. Detrás de la esbelta castellana iba el paje con el horario, y en sus hojas más ó menos fatigadas del contacto de los dedos, blandas ya con esa blandura suave y amorosa de la vitela, podía adivinar, por los pasajes preferidos, las ideas y preocupaciones de su dueña, las tristezas secretas que embargaban su corazón.

Desde que la imprenta, apresurada y brutal, sustituye al paciente amanuense y al delicado iluminador, el horario empieza á perder su poesía... Al principio todavía es una mezcla de los dos sistemas: las minúsculas son impresas, las mayúsculas miniadas, hasta que la máquina se apodera de las mayúsculas también. Confieso que gran parte de la ilusión del famoso horario regalado por D. Juan Tenorio á doña Inés, y en el cual se encierra la incendiaria carta — el filtro envenenado que abraza la mano de la incauta novicia — se me desvaneció, al pensar que tal horario no era miniado y manuscrito, aunque tuviese «manecillas de oro.»

En el día, la transformación del devocionario indica un regreso hacia las épocas mejores de este objeto religioso. Los de rezo habían llegado á ser, de todos los libros, los más toscos y prosaicos. Su tipo de letra basto y desgastado por las tiradas á millares, sus orlas vulgarísimas, eran deshonor de la tipografía y horror de los inteligentes. El texto, por ley natural, descendía también. Poseo devocionarios españoles de mediados del siglo, que reemplazan las sublimes preces de la liturgia con otras chabacanas y de bajísimo estilo, compuestas sin duda por algún sacerdote más devoto que docto. El devocionario se había aplebeyado, y su papel de ínfima clase, sus cantos amarillos y su encuadernación de cartón negruzco respondían á lo pedestre de su texto y á lo detestable de sus láminas. Repito que hoy se nota una reacción favorable á la belleza del devocionario, el cual ciertamente debía ser la prenda de más valor que toda mujer católica aspirase á guardar en sus armarios, pues ninguna se presta tanto al decorado lujoso; cuando menos, debería costar un devocionario lo que un regular brazaletes ó una peineta de diamantes.

Hoy los libros de devoción — sean misales, semanarios, oficios de la Virgen, horarios (de éstos hay pocos, pues los seglares ya no rezan horas), oficios de difuntos ó Ejercicios ignacianos — lucen una impresión más esmerada, mejor gusto en la selección de láminas y viñetas. Las hay que reproducen cuadros clásicos, de Murillo y Rafael; las hay que imitan las pinturas primitivas, los dípticos y trípticos de Angélico y Van Eyck, con su colorido. La forma de los libros también ha ganado: prolongada y esbelta, se adornan las tapas con remates de metal que aspiran á tener estilo, y recuerdan las manillas y cantoneras góticas, ó los ricos esquinales del período del Renacimiento.

Por desgracia, los devocionarios de pretensiones artísticas, en su mayor parte están invadidos por el cinc y la pseudo-piel de Rusia. ¿Cómo explicar lo antipático y anti-religioso de estas dos materias? El cinc ó simili bronce es una plaga, una úlcera de la vida moderna. En quinqués, candelabros, arañas, estatuas, ornato de muebles, crucifijos, benditeras, cofres, jarrones..., en todo se encuentra este pestífero metal, tan grosero, tan deleznable, tan refractario á la línea elegante que parodia. Si el cinc me repugna, tampoco soporto el níquel en los devocionarios, ni aun el acero; los devocionarios, ó deben ser sencillísimos, lisos, sin zarandajas ni arrequives, ó deben tenerlos de plata. Por lo que hace á la piel de Rusia, es la cifra de lo moderno y de lo archiprofano. Cuando el aire nos trae en sus alas una bocanada de piel de Rusia, inmediatamente evocamos la idea de la petaca bien rellena de *londres*, con su monograma de oro que supera una corona heráldica, ó de la cartera provista de tarjetas y billetes de Banco, y en cuya bolsa más recóndita se alberga una linda fotografía de mujer. No; la piel de Rusia no se amalgama bien con el perfume del incienso. El recogimiento, si lo hay, se disipa al aroma de esa piel ya algo cursilona, próxima á entrar en sus categorías más inferiores de imitación, dentro de la industria popular á real pieza. Porque la piel de Rusia, ó lo que llaman así en el comercio, es demasiado barata, se ha propagado mucho, y los devocionarios del olorillo consabido se pueden adquirir á precios módicos. — La mujer verdaderamente refinada se dedicará á buscar una de esas pieles antiguas, preparadas y curtidas por los árabes, que son inalterables y flexibles, y con ella encuadernará sus libros de rezo. Y la que no quiera refinamientos, se contentará con el humilde *Euclógio* sólidamente empastado, de letra gruesa, de respetable tamaño — cosa seria y austera, que respira piedad y formalidad.

En cuanto al rosario, ¡qué escala tan variada recorre, desde el opulento rosario de perlas engarzado en oro, hasta el pobrecillo de huesos de aceituna pasados por un cordel, regalo habitual de los franciscanos que vuelven de Tierra Santa! De la Edad Media apenas se conservan rosarios; en cambio, en el siglo XVII, en España, el rosario es una prenda usual, como lo fué después la tabaquera: se lleva á todas horas, y los señores graves y las dueñas haldudas y de repulgadas tocas echan al cuello el rosario de cuentas gordas como avellanas — hay autores que escriben *como nueces*, pero tengo para mí que será una exageración. — Retratos de gollilla he visto en Museos y casas de anticuarios, que, como el de Felipe II, están en actitud de pasar las cuentas del rosario devotamente.

Nuestras abuelas, que usaban mantilla, no prescindían del rosario, no ya al cuello ni á la cintura, sino arrollado á la muñeca: un brazaletes bonito y airoso, con sus medallas y crucejillas que lo remataban, no sin gracia. El rosario de oro, el abanico de nácar ó de sándalo, la mantilla de blanca, son elegancias que nos han parecido añejas, y que hoy, pen-

sándolo mejor, se nos figuran exquisitas. Los rosarios más primorosos de esa época solían ser de oro cincelado, muy sutiles: habíalos también de recia pedrería, y no dejaban de estilarse unos dieces que llamaban *camándulas*, que eran de marfil y tenían al extremo una calavera, de un realismo violento, que por el otro lado era la Santa Faz de Jesucristo. Estos dieces no se arrollaban á la muñeca, sino que se enganchaban al dedo meñique por un aro ó sortija de plata.

Dos grandes depósitos de rosarios he visto en el mundo: Lourdes y Roma. En Lourdes, debo declararlo, todos los rosarios son feos. El industrialismo francés, que en otras cosas no suele estar reñido con el buen gusto, en los rosarios de Lourdes se olvida de su prurito de agradar. El rosario clásico de Lourdes, la gran corona de quince dieces, de madera trabajada toscamente, y de cuentas gordas, no ya como nueces, sino como razonables ciruelas claudias, es el único que me parece simpático, pues representa bien el aspecto montañoso y salvaje de aquellas gargantas imponentes: labor de pastorcillo, hecha con navaja, á la sombra de un roble. — Roma ha conservado sus tradiciones de metrópoli del arte hasta en los rosarios: el rosario más sencillo, más barato, más ascético, procura en Roma revestirse de colores atractivos. En los rosarios algo costosos ya se nota ese encanto colorista de los objetos traídos de Oriente, de países donde todavía no se perdió el sentido de la nota pintoresca y de la fisonomía expresiva de las cosas. No he visto emplear en otra parte, para rosarios, las materias que en Roma: diríase que no se encuentran sino allí, especialmente ciertas ágatas y cornalinas que ellos llaman *pietre dure*, y de las cuales labran también camafeos, cajitas y sellos. Entre estas *pietre dure* hay dos muy lindas, conocidas por «rojo antiguo» y «verde antiguo» — esta última creo que será una variedad de la serpentina, — que adquieren un pulimento encantador. Aparte del rojo y del verde, hay otras innumerables. La malaquita, el ónice, la amatista, el cristal de roca, el coral sanguíneo, el coral rosa, el coral blanco, el granate, el ágata amarillo, el ojo de gato, el zafiro, la calcedonia, la venturina, el jacinto de Compostela, la madreperla, el alabastro, se tallan en facetas ó se pulen en esferitas para los rosarios. Algunos de ellos, por gracioso capricho, son de todas estas piedras mezcladas y hacen un efecto pintoresco hasta lo sumo.

No es indiferente que los objetos religiosos sean bellos, y que por su belleza nos atraigan y se nos hagan familiares y queridos. El hombre — sobreentiéndase la mujer — es un ser que necesita que lo conduzcan á lo bueno por todos los medios. «Somos — dice Pascal — autómatas, á la vez que espíritus; la costumbre nos guía y nos conduce á todo; la costumbre inclina al autómatas, y éste arrastra al espíritu sin que lo advierta. Hay que preparar la máquina.» No es el mejor medio de preparar la máquina á las prácticas religiosas el que todo lo relacionado con la vida devota sea horrible, basto, ordinario, ó lúgubre y triste. El cuidado y esmero en adornar el misal y en hacer del rosario una joya prueban el lugar que ocupaba en el alma la religiosidad. No me puedo resignar á que hoy las mantelerías de comer se adornen con encajes soberbios y cuesten miles de pesetas, y en los manteles de altar se introduzca el encaje de algodón y el tul barato.

Así es que estos días de Semana Santa, en la calle, sin querer, miro hacia los rosarios y los devocionarios, más que hacia los flamantes trajes de seda brochada y terciopelo negro y hacia las mantillas que sólo en Jueves y Viernes santo ven el sol, dejando su prisión alcanforada.

Un rosario fino, una medalla con diamantes, un libro rico y serio, me atraen y me hacen formar buena idea de la que los luce. También me interesan los libros muy usados viejos y pobres — por otro concepto. — ¡Qué de consuelos, qué de diálogos del alma con *más allá* representan esos libros humildes, que aprieta contra el pecho una mano desecada por la edad, rugosa, temblona y muchas veces desfigurada por el trabajo! Todas las mañanas ese libro ha sido un bálsamo, todas las noches sus palabras se han grabado en el cerebro para proporcionar un sueño dulce, después de la fatiga y la labor, ó después de dolores y padecimientos difíciles de sufrir. Abridlo y veréis que entre sus páginas conserva á veces la flor suelta de una coronita fúnebre, una carta gastada por los dobleces, del hijo ausente, la estampa del corazón de Jesús, la papeleta de comunión..., y ¡quién sabe si la de empeño de un mantón raído, último baluarte contra el frío del invierno! «Venid á mí los que estáis cargados de tribulaciones, y yo os aliviaré,» dice á cada párrafo ese libro que no vale dos reales, bisunto, blancuzco por las esquinas, el misal de la criada de servir ó de la jornalera... — EMILIA PARDO BAZÁN.



## FRANCISCO PI Y MARGALL

¿Para qué excelencias? ¿Para qué señorías? El nombre solo expresa más que todos los tratamientos.

Cuando se dice en Europa, lo mismo que en América, *Francisco Pi y Margall*, ó sencillamente *Pi y Margall*, ó *Pi (tout court)*, todos saben que se trata de uno de los políticos españoles de más envidiable celebridad y de uno de los mejores prosistas que honran la literatura castellana.

Y ¡cosa extraña! Con ser tal y tanta la celebridad de *Pi*; con haber sido su nombre uno de los más populares en la segunda mitad y sobre todo en el último tercio del presente siglo, *Pi y Margall* es uno de los hombres menos conocidos entre los políticos españoles contemporáneos.

No significa esto que la persona de *Pi* carezca de celebridad, muy al contrario; pocas hay que sean tan célebres, ni tan justa y tan universalmente admiradas; sucede, sin embargo, que acerca de *Pi* cada cual ha imaginado una leyenda.

Para éstos, por ejemplo, es *estatua*; para los otros es *hombre de nieve*; para muchos *ministro de hielo*, y solamente los que lo han tratado con alguna intimidad saben que no hay tal hielo, ni tal nieve, ni tal estatua más que en la imaginación de algunos soñadores.

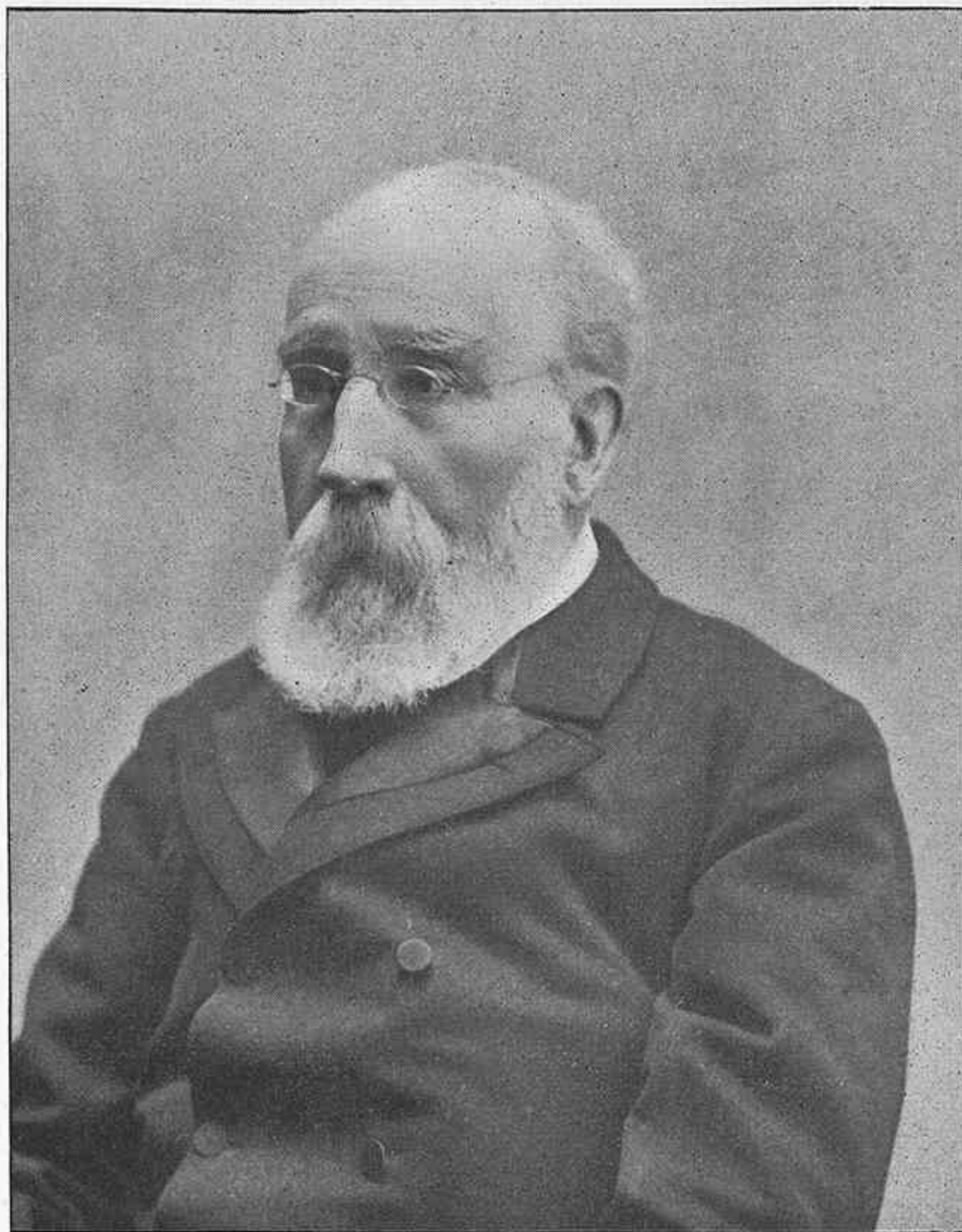
Quien, allá por los años de 1876, ¡hace ya más de veinte años!, hubiese concurrido á ciertas veladas deliciosas y casi de familia que, sin sujeción á *periodicidad* alguna, y sin previas invitaciones, y por supuesto, sin cronistas, solían improvisarse en un modesto, bien que desahogado, piso segundo de la *plazuela del Callao*, en Madrid; quien, ignorando el nombre y circunstancias del amo de aquella casa y jefe de aquella familia, hubiese disfrutado de su trato amable, de su hospitalidad franca, de su amenísima conversación y lo hubiera visto satisfecho en su hogar apacible, gozoso entre seres queridos, tomando parte en la fiesta con la discreción necesaria para que ni su presencia en ella pudiese cohibir á la gente moza, ni su alejamiento traducirse por enojo; quien lo hubiese contemplado *haciendo los honores de la casa* (según la locución admitida) con afabilidad no exagerada y con tacto exquisito; quien hubiera visto, por fin, una vez terminada la función, en la cual se *había hecho música*, habían leído algunos concurrentes composiciones poéticas, se había discutido un poco y no se había bailado porque las dimensiones del salón no permitían á los jóvenes esas expansiones; quien hubiese visto, vuelvo á decir, como una vez terminada la fiesta, el padre presentaba la frente á cada uno de sus hijos, alguno de ellos ya hombre, para que éstos grabasen en ella el ósculo de paz al despedirse, y quien después de haber presenciado todo eso (admitida la hipótesis de que pudiera haberlo presenciado sin saber cuya era aquella casa), hubiese preguntado: ¿quién es ese caballero tan bondadoso y tan ilustrado, tan amable y tan sabio, tan docto y tan sencillo en sus maneras y que vive de modo que hace recordar costumbres casi patriarcales?, no habría dado crédito al que le hubiese contestado: «Ese caballero es *Pi*.»

«¿Qué *Pi*? — hubiese preguntado de seguro, y de seguro con extrañeza: — ¿El *Pi* revolucionario?, ¿el *Pi* jefe de los federales españoles?, ¿el *Pi* que defendió en el Congreso á la *Internacional*?, ¿el *Pi* que en 23 de abril de 1873 disolvió la comisión permanente de la Asamblea?, ¿el *Pi*?...»

Ese; el único *Pi* á quien se refiere el que pronuncia ese nombre; el propagandista infatigable de la federación, el presidente de la República, el ciudadano honrado y laborioso, el modelo de padres de familia, el *Pi* que menos se parece, en una palabra, al terrible y feroz personaje que sus adversarios políticos han pintado.

En una afirmación, sin embargo, coinciden los amigos y los enemigos de *Pi* y *Margall*: en la afirma-

ción de que ha dado ejemplo, tanto en la vida pública cuanto en la privada, de rectitud, de honradez y de probidad. Así como reconocen sus detractores y los que lo quieren y lo admiran la sinceridad con que profesa y propaga sus ideas; erróneas para unos, acertadas para otros, pero por *Pi* y *Margall* honrada y sinceramente profesadas y mantenidas con perseverancia inquebrantable.



Francisco Pi y Margall

No se han fijado los que llaman á *Pi* hombre de nieve, no se han fijado en el vigor, ni en la valentía que caracterizan cuanto produce y ha producido el bien templado espíritu del autor de *La historia de la pintura*, de *La Reacción y la Revolución* y de *Las Nacionalidades*. En las páginas hermosas de esos libros, que desde ahora lo profetizo, admirarán nuestros nietos y nuestros choznos, se sienten las palpaciones de un corazón entusiasta.

Hállanse en ellas, es verdad, ideas nobles, pensamientos profundos que revelan al lector la existencia de un cerebro admirablemente equilibrado; hállanse también la corrección y la pulcritud de lenguaje propias de un gran escritor; pero á más de eso y sobre todo eso brillan en su obra la fe razonada del convencido y la energía y el entusiasmo del catequista que procura transmitir á otros esas convicciones.

Algunos admiradores del escritor y del literato han dirigido censuras á la *Academia Española* por no haberle dado la investidura de académico. Tales cargos, en este caso, son injustos. *Pi* y *Margall* no es académico de la Española porque no ha querido serlo. En una ocasión se trató por individuos muy estimados y muy influyentes en *aquella casa* y aun fuera de ella (y no por cierto correligionarios del apóstol de la federación) de votar á *Pi* y *Margall* para que ocupase uno de los sillones de la Academia, y alguien, cuyo nombre no hace al caso, fué encargado de decirle: «Amigo D. Francisco, los académicos *Fulano*, *Mengano* y *Zutano* (no estoy autorizado aún para publicar sus apellidos) han resuelto presentar la candidatura de usted para la *Academia Española*, tienen completa seguridad de salir triunfantes, pero necesitan saber si, caso de alcanzar la victoria, usted aceptaría esa designación.»

La respuesta de *Pi* fué clara y terminante:

«No solicito ni deseo ser académico, ni el puesto me seduce, ni la índole de sus tareas es de mi gusto. Está claro que si la corporación me eligiese por unanimidad, con que se probara que mi entrada allí era agradable á todos, sobre estimar la deferencia yo aceptaría el puesto por cortesía. Diga usted, pues, á esos señores que les agradezco muy de veras esos propósitos que me lisonjean y me honran; pero que si tienen otros compromisos, que de seguro los tendrán, los atiendan, ya que para complacer á otras personas hallarán probablemente menos dificultades en la Academia.»

Es muy común, es muy corriente hablar de la prosa de *Pi* y admirarlo, como literato, por la claridad del concepto, por la sobriedad de la frase, por lo natural del estilo, por lo castizo de la dicción; pero convengamos en que ni lo correcto, ni lo castizo, ni lo sobrio darían á los escritos de *Pi* (como no se la darían á los de ningún otro autor) la importancia que la fama con justicia les atribuye, si á más de todo eso no hubiera en ellos algo más, mucho más, que es justamente la substancia del trabajo: la esencia de vida, el alma del alma, que el autor leal y sincero pone siempre en sus producciones.

Sincero y leal es *Pi* en cuanto escribe, y por eso sus escritos producen efecto sorprendente. Muchas veces sin él pretenderlo y acaso hasta sin sospecharlo.

El primer trabajo político de *Pi*, escrito por casualidad en un diario en el que sólo tenía él á su cargo la crítica teatral, determinó la caída de un ministerio y un cambio completo de política en la gobernación de España.

El hecho, según lo refieren los biógrafos de *Pi* y *Margall* y muy especialmente el inteligente y conocido periodista Sr. Vera y González (*D. Enrique*), sucedió en *El Correo*, diario que recibía inspiraciones del famoso *don Patricio de la Escosura*, á la sazón ministro, y como tal, autor de un proyecto de reforma, enderezado en resumidas cuentas á disminuir la preponderancia cada vez mayor del militarismo.

En las tales reformas se equiparaban las atribuciones de los gobernadores civiles á las de los *capitanes generales*. Sin que esto, dicho así *grosso modo*, dé idea aproximada siquiera de lo que eran las reformas, ni de su trascendencia y alcance, en cuya investigación no hay para qué entrar, basta para que se comprenda lo que *Pi* escribiría acerca de ello.

Tanto fué y tan duro, que los partidarios de la preponderancia militar se alarmaron y produjeron una crisis de que fué víctima, en primer lugar el mismo Escosura, á quien se atribuyó la paternidad del trabajo periodístico de *Pi*, y en segundo lugar *El Correo*, cuya publicación cesó al día siguiente.

Lo más original del caso es que aquel artículo había de haberlo escrito Ferrer del Río, uno de los redactores políticos de *El Correo*. Ferrer del Río, que había obtenido por aquel entonces un cargo del gobierno, obsequió á sus compañeros de redacción con una cena, en la cual, como fácilmente se comprende, reinaron la mayor expansión y la más franca alegría.

Concluido el *gaudeamus*, Ferrer del Río, abusando quizás de sus prerrogativas de anfitrión, encargó á los compañeros por él obsequiados que lo eximiesen de aquel trabajo.

Como entre esos compañeros, cual menos, cual más, todos se habían excedido un poco, y el único del todo limpio de exceso era *Pi*, sobre él hubo de recaer la tarea, y *Pi* la desempeñó tan admirablemente y con tanta fuerza, que quedan expuestos los resultados.

Y esto mismo ó algo muy parecido á esto le ha ocurrido á *Pi*, muchas veces, por sólo exponer con franqueza y con lealtad — siempre con mucho comedimiento y con muchísima cortesía — lo que pensaba.

En 1854, cuando el pueblo de Madrid, triunfante en las jornadas del 16, 17 y 18 de julio, era dueño de sus destinos y ocupaba militarmente la capital, *Pi* expuso su programa de reformas, y lo expuso con tal

vehemencia, que la *Junta Revolucionaria* hubo de asustarse y redujo á prisión al autor de tan *espantable* proclama.

Pocos días después, constituido ya el gobierno progresista, publicó Pi un libro titulado *La Reacción y la Revolución*, y al gobierno progresista le asustó el libro casi tanto como el programa había asustado á la Junta revolucionaria, y aunque no encarceló al autor, recogió el libro y prohibió su circulación y su venta.

Algo más había, por lo tanto, en las obras del *hombre de hielo*, que filigranas de retórico y primores de artista; algo más era Pi que un escritor correcto, muy entendido en la sintaxis castellana y muy conocedor de las demás partes de la gramática, para que sus escritos, de forma irreprochable siempre, pusieran espanto en los espíritus de ministerios reaccionarios y de Juntas revolucionarias.

Sus ideas — salvas modificaciones absolutamente inevitables y también absolutamente necesarias en el transcurso del tiempo — han sido siempre: en política, republicanas federales y democráticas; en religión, panteístas; en filosofía, positivistas; en economía, armónicas.

Pero Pi, antes que filósofo, antes que economista, antes que literato, es un carácter entero y un hombre de bien.

Como literato, como sabio, como instruído, merece aplauso y admiración; como carácter, inspira respeto; como hombre de bien, logra cariño. La tranquilidad de su conciencia le mantiene sereno en las circunstancias más difíciles. Pi viene á ser casi la realización de aquel ideal concebido por el poeta latino en el varón justo y tenaz en sus propósitos.

Siendo Pi muy joven, hubo de ponerse al frente de una casa de comisión y giros. No eran esas, por cierto, ni lo fueron nunca, sus aficiones; pero careciendo, á la sazón, de otros medios de subsistencia,

el futuro presidente de la República Española, el que había de ser orador insigne de las Constituyentes, literato eximio, jurisconsulto notable, honra y gloria de la prensa periódica, aceptó, y lo aceptó con reconocimiento, el cargo que en esa casa de giros y comisiones se le ofrecía, y llegó á ser — pues tiene su inteligencia privilegiadísima múltiples aptitudes, — llegó á ser peritísimo en asuntos bancarios y mercantiles.

Si los negocios de aquella casa hubieran ido bien, cabe en lo posible que Pi fuese hoy banquero opulento, y viviese alejado, por conveniencias profesionales, de las ardientes luchas de la política.

No sucedió así; la casa principal, establecida en Barcelona, suspendió sus pagos, y la sucursal en Madrid, al frente de la cual se hallaba Pi, hubo de entregar á la sindicatura de la quiebra *ocho mil reales* que se le reclamaban.

Pero Pi no entregó los *ocho mil reales* reclamados, sino *sesenta y cuatro mil* que obraban en su poder, y de los cuales, por razones que ignora, la casa no tenía noticia alguna.

Al hacer la entrega de aquellos *cincuenta y seis mil reales* que nadie reclamaba y que hasta se resistían

á recibir los síndicos de la quiebra, Pi poseía por todo caudal *veinte pesetas* y se quedaba sin destino indefinidamente.

Pi, hombre maduro ya, curtido en los combates de la vida, llega á ministro, es Presidente del gobierno, cae del poder y no cobra su cesantía de ministro,

Ni lo sé, ni lo sabe nadie.

Pi estuvo en el gobierno muy pocos meses, ¿qué pocos meses?, muy pocas semanas.

Dígase si puede exigirse, en serio, á un reformador, que en ese período plantee sus reformas y dé desarrollo á sus proyectos.

Como de las personas muy acaudaladas suele decirse en lenguaje familiar que ni ellas mismas saben lo que tienen, podría afirmarse de Pi y Margall, sin incurrir en hipérbole, que nunca tuvo exacto conocimiento de su mucho valer.

Retraído por afición y por carácter de toda exhibición ruidosa, si había brillado en el periodismo como polemista invencible, no era conocido como orador de club ni como conferenciante de Ateneos.

Cuando, reunidos los diputados de la minoría republicana en las Constituyentes de 1869, se trató de distribuir los turnos para la campaña parlamentaria, ninguno de los individuos de la mencionada minoría quiso encargarse de las cuestiones de Hacienda.

Explícate y se comprende tal retraimiento con sólo fijarse en que se hallaba al frente del departamento del ramo el eminente hacendista D. Laureano Figuerola, el cual tenía en rededor suyo, como auxiliares, hombres de la talla de D. José Echegaray, D. Gabriel Rodríguez, D. Segismundo Moret, apóstoles de la doctrina librecambista y verdaderos atletas de la oratoria.

En vista de que nadie tomaba para sí la empresa de contender con tales adversarios, Pi se ofreció sencilla y naturalmente á combatir la gestión económico-rentística del gobierno.

Con este motivo dice uno de sus biógrafos: «Fue esta proposición tibiamente recibida por sus compañeros de minoría, que desconfiaban de las dotes oratorias de Pi y Margall.»

No tardaron en vencerse de que eran infundados sus temores.

Si con su primer trabajo periodístico había logrado Pi derribar un ministerio, con su primer discurso parlamentario alcanzó puesto preeminente entre los más célebres oradores. Aquella revelación inesperada conmovió profundamente á todos los hombres políticos... menos á uno; menos á D. Francisco Pi y Margall, á quien no desvanecieron aquellos aplausos, como no han intimidado después manifestaciones de hostilidad de otras mayorías.

Del hombre, en realidad, mal conocido y peor estudiado, he dicho cuanto se me ocurría... No; mucho menos de lo que se me ocurría, pero he escrito mucho.

«Y aun no cabe lo que siento en todo lo que no digo.»

Es acaso el único de nuestros prohombres con quien es dado al simple mortal departir muchas veces sin sentir el peso de la superioridad olímpica del interlocutor. Yo, pequeño entre los pequeños, he conversado con Pi muchas veces, sin que ni una sola me hayan obligado su actitud ó sus palabras á recordar mi pequeñez. Quizás por eso me parece él más grande.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. — CAVITE. — CAMINO QUE CONDUCE AL FUERTE CHIQUITO Ó REDUCTO PÉREZ

por no contradecir con sus actos lo que en contra de las cesantías ha sostenido con su palabra.

Estos rasgos caracterizan al hombre. Pi es el único ex ministro español que, pudiendo cobrar cesantía, no la cobra.

Hay quien pretende juzgar á Pi muy severamente por su gestión como gobernante. Los que á tanto se atreven, ni saben lo que es juzgar; ni han sabido nunca lo que es gobierno; ni, como dice el vulgo, saben de la misa la media.

Al estadista que, como Pi, ha pasado lo mismo que un relámpago por las esferas del poder, es imprudente y hasta temerario negarle ó concederle, según el capricho, dotes de mando.

Pi tiene, y lo ha demostrado: alteza de miras, serenidad de espíritu, rectitud de intención, claridad de inteligencia, amor á la justicia, perseverancia en el propósito, honradez en los procederes. Condiciones muy recomendables son estas para un hombre de gobierno, y dicho sea sin ofensa de nadie, pocos de nuestros personajes políticos las reúnen todas.

¿Son ellas suficientes para dirigir con acierto la nave del Estado en medio de deshecha borrasca?

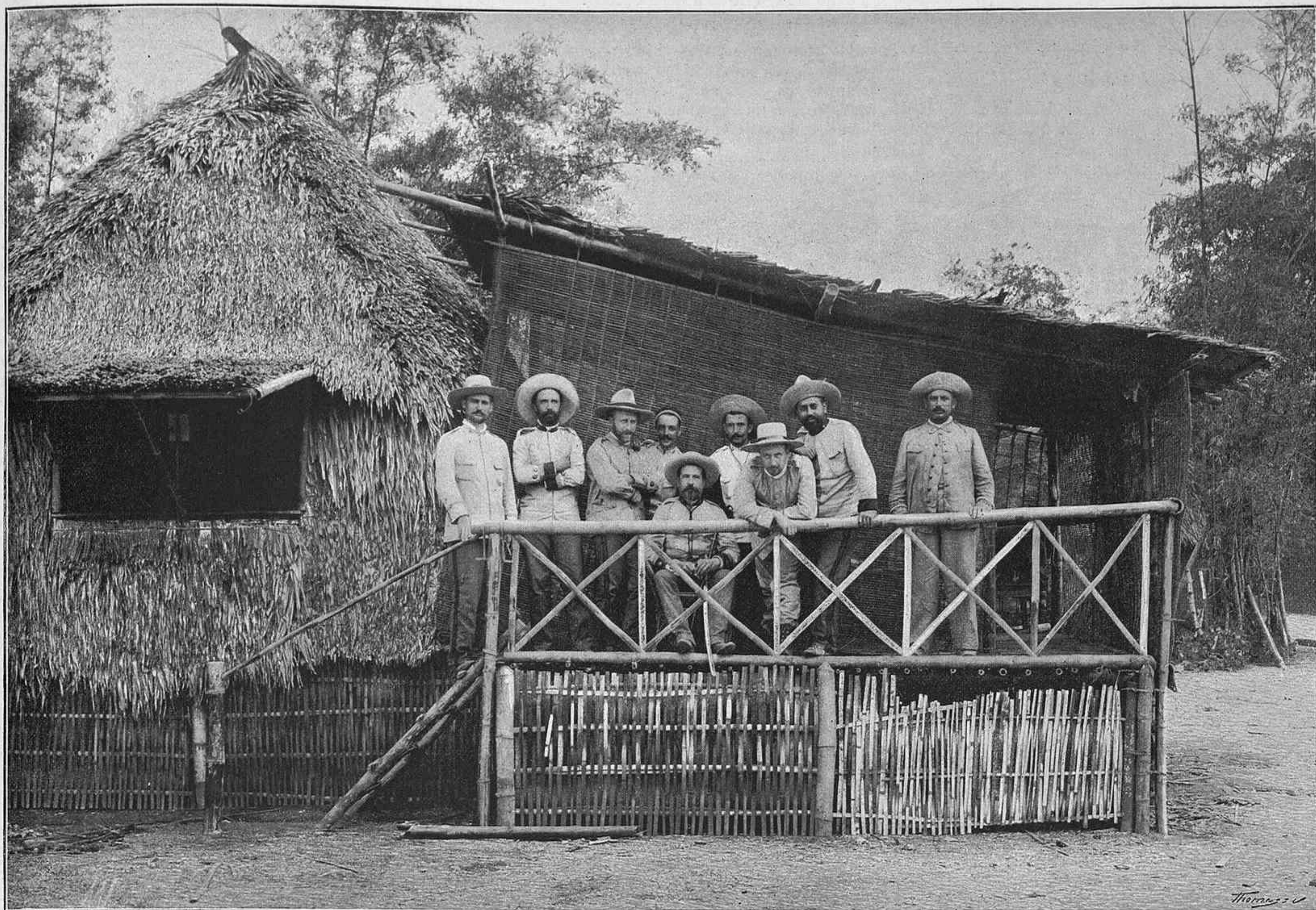
logrado Pi derribar un ministerio, con su primer discurso parlamentario alcanzó puesto preeminente entre los más célebres oradores. Aquella revelación inesperada conmovió profundamente á todos los hombres políticos... menos á uno; menos á D. Francisco Pi y Margall, á quien no desvanecieron aquellos aplausos, como no han intimidado después manifestaciones de hostilidad de otras mayorías.

Del hombre, en realidad, mal conocido y peor estudiado, he dicho cuanto se me ocurría... No; mucho menos de lo que se me ocurría, pero he escrito mucho.

«Y aun no cabe lo que siento en todo lo que no digo.»

Es acaso el único de nuestros prohombres con quien es dado al simple mortal departir muchas veces sin sentir el peso de la superioridad olímpica del interlocutor. Yo, pequeño entre los pequeños, he conversado con Pi muchas veces, sin que ni una sola me hayan obligado su actitud ó sus palabras á recordar mi pequeñez. Quizás por eso me parece él más grande.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



*Thomas*

Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN. EL TENIENTE CORONEL DE ARTILLERÍA SR. VILLAR Y OFICIALES FRANCO DE SERVICIO



*Thomas*

Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - CASA EN DAHALICÁN DESTINADA AL GENERAL DE DIVISIÓN D. DIEGO DE LOS RÍOS

## EL «TURNO» DE PEPE

(TIPOS MADRILEÑOS)

El «turno» se llama en los cafés de la villa y corte al número de mesas y horas en que presta en ellas sus servicios tal ó cual de los camareros del mismo. El turno de Pepe es, con arreglo á este convencional lenguaje, el conjunto de las doce mesas próximas al mostrador y en el fondo del café X, uno de los más animados y concurridos de la Puerta del Sol, desde las siete de la tarde á las dos de la madrugada.

Pero ¿qué tiene el turno de Pepe que no tengan el de Emilio, el de González ó el de Perico, camareros todos del mismo café?

Pues tiene lo que á los de los otros les falta: tiene carácter propio.

En todos los demás, el público es tan variable y heterogéneo que el de unos días no se parece en nada al de otros, ni el de unas horas se asemeja al que le ha precedido ni al que le ha de seguir. Pepe, en cambio, no tiene en su turno una cara desconocida y ha llegado á abrigar la triste convicción de que conforme se le vayan acabando los parroquianos actuales, por el término natural de la vida humana, se le irá acabando también el oficio y los ingresos que arrancan del mismo.

Si penetrando en aquel vedado ó huyendo del ruido y de la confusión del resto del café, nos refugiáramos en el turno de Pepe, podríamos hacer muy curiosos estudios, ya con la propia observación, ya auxiliados por el mismo Pepe, que conoce admirablemente á los suyos y está dotado de muy natural ingenio.

Por ejemplo, nadie puede adivinar á primera vista quiénes serán las dos señoras cuya edad denunciaría su blanca cabellera, sin los progresos que ha realizado la química en los últimos tiempos, y que ocupando la mesa del fondo, son saludadas en ella por un público masculino constantemente renovado. Pero no se apresure el lector á abrigar malos pensamientos.

Doña Beatriz y doña Genoveva Fernández de Sotomayor y Alvarez de Benavente, solteras, pensionistas del Estado, son las huérfanas de un personaje que tuvo grandísima influencia durante los años de la primera guerra civil. Desde poco después vienen cobrando del Erario público una pensión bastante exigua, pero que ellas se encargan de acrecentar ejerciendo de agentes de negocios no matriculados. Utilizan al efecto sus relaciones, recorriendo durante el día las oficinas del Estado para recomendar el despacho de numerosos asuntos pendientes en las mismas. Y como sería mal visto que recibieran en su casa á las muchas personas que acuden á su influencia, en el café de la Puerta del Sol, turno de Pepe, han sentado sus reales y reciben á sus amigos, que tienen la buena condición de no permanecer á su lado más que el tiempo necesario para averiguar si la solicitud pasó de clases pasivas á lo contencioso, si habrá que hacer algún pequeño sacrificio para que en la primera de dichas oficinas no pongan chinitas que dificulten el pronto despacho de otro expediente; si la marca de fábrica podrá concederse ó no; si el abono que solicita el soldado de Filipinas Fulano de Tal está en buenas manos, y otras muchas análogas noticias, incluso la de obtención de destinos. La malicia supone que en algún tiempo las citadas señoras fueron una verdadera potencia para esto último, y que, en combinación con algunas ele-

vadas personalidades de su mismo sexo, tuvieron una verdadera agencia con su tarifa y todo, de la cual arrancan los servicios administrativos de muchos que hoy son jefes de negociado ó de administración. También dice la malicia que una de las dos señoras — no

miento. Tampoco falta quien diga que las dos hermanas antes de marchar á su casa, cuando se retiran á las doce del café, entran en otra ajena, donde la inquilina, pensionista como ellas, reúne á unas cuantas amigas y algunos amigos para entretenerse un rato jugando á las siete y media y sólo en ciertas noches se arma su poquito de monte. Pero ni esto lo pueden asegurar los concurrentes al café, ni mucho menos Pepe, modelo de discreción por lo mismo que ellas le dispensan no pocas confianzas, incluso la de deberle dinero en algunas ocasiones.

— Pero ¿quién es ese caballero de las patillas canosas y gafas negras que invariablemente entra á las nueve para retirarse á las once y se sienta junto á las señoras de Sotomayor y Benavente?

— ¡Ah!, me dice Pepe, á quien he dirigido la anterior pregunta, ese es D. Pedro, el único parroquiano que queda de los diez ó doce que hace quince años ocupaban esa misma mesa.

— ¿Pero D. Pedro qué?..

— No lo sé, señor; á él le llamaban sus amigos *el hombre cronómetro*, y desde hace veinticinco años llega como hoy al dar la primera campanada de las nueve y se retira en cuanto empieza el reloj á dar las once. Toma su café con leche, haciéndose servir primero aquél hasta la raya azul de la taza y la leche de modo que no se vierta una sola gota en el platillo; enciende un cigarro puro, lee *La Correspondencia*, duerme ó medita durante un rato (que eso no se puede ver por lo obscuro de las gafas), y se marcha hasta el día siguiente, en el que renueva la misma escena. Si no fuera porque su traje es nuevo, yo juraría que es el primero que le conocí y el mismo que usaba, según el dueño, cuando se abrió el café al terminarse las obras de reforma de la Puerta del Sol. Es seguro que, de no ser el mismo, es una copia perfecta de aquél.

— ¿Y no habla con nadie?

— Con nadie y también sé la causa de ello: desde hace dos años se quedó sordo como una tapia; quiere disimularlo y el medio mejor es no hablar nunca.

— ¿Será rico?..

— Yo sospecho que debe tener una rentita en papel del Estado, porque también viene por las mañanas y doña Beatriz ha hecho la observación de que falta dos veces al año... los días de pago del cupón.

— ¿Y tiene familia?

— Vive con dos sobrinas suyas á las que no dejará nada cuando él muera, legándolo todo á la Beneficencia; es el medio de estar él bien cuidado.

— ¿Y cómo sabes tú todo eso?

— Porque me lo ha dicho don Serapio.

— ¿Quién? ¿Ese caballero alto que suele venir cuando acaban los teatros?

— El mismo. Ese sabe la historia de todo el mundo y es una gran persona.

— No lo pongo en duda, aunque algo me previene en contra suya el hecho de verle siempre acompañando á cómicas y cómicos.

— ¡Qué quiere usted!.. Cada uno tiene en esta vida sus debilidades, y la de D. Serapio consiste en no faltar á un estreno ni dejar de contribuir á un beneficio.

— Es verdad. Siempre que hay estreno pone aquí cátedra y explica á sus contertulios el argumento de la obra de *pe á pa*, haciendo á la vez una severa crítica del trabajo literario y de su interpretación.

— Pues lo de los regalos no lo invento yo; vea usted los periódicos. ¿Se celebra el beneficio de la da-



El Domingo de Ramos en los Abruzos, cuadro de C. Tiratelli

(reproducción de Franz Hanfstaengl, de Munich)

añade si doña Beatriz ó doña Genoveva, — después de realizada por aquellos medios una fortunita muy regular, se la dió á administrar á un habilitado que le había hecho promesa de casamiento, promesa que no pudo cumplir porque era ya casado, como poco después fué fugitivo cuando la solterona le reclamó su depósito. Lo averiguado del público es que si faltó durante algún tiempo del turno de Pepe, pronto volvió á él con el pelo muy negro (señal de que se le había vuelto más blanco), y que desde entonces no hay habilitado que se atreva á darle palabra de casa-

ma? Pues ya se sabe: entre la lista de los regalos nunca falta: «D. Serapio X., una pulsera.» ¿Da el suyo el galán? «D. Serapio X., una espada histórica.» ¿Se verifica el del gracioso? «D. Serapio X., una gorra con cascabeles de plata.» En los cuartos de los actores le quieren mucho y en todos ellos le llaman y le buscan para que lleve un figurín, para que recoja un dato histórico ó para que dé su opinión sobre el largo que deben alcanzar las trusas ó la cantidad de algodón que deben tener prudentemente las pantorrillas de una bailarina. Afortunadamente D. Serapio es rico, porque en otro caso, semejantes aficiones serían ruinosas.

— Por señas que no ha venido hoy...

— Hoy no vendrá ó vendrá muy tarde, porque una sociedad de porteros da una función dramática en el Liceo Rius y se la ha dedicado.

— ¿Y qué tiene que ver?..

— Pues que empiezan con *La Pasionaria*, dan luego *El Patriarca del Turia* y acaban con *La Calandria*, habiendo en los intermedios juegos de prestidigitación, orquesta de bandurrias, el cinematógrafo y lectura de poesías.

— Pues algunos cuartos se le irán hoy al bueno de D. Serapio.

— No muchos... El pago del local, una caja de cigarros peninsulares para el primer galán y para la dama una corona de doublé comprada de ocasión en casa de una tiple que abandona la escena.

— Dime, Pepe, ¿y quién es ese señor que suele venir solo á un velador y que se pasa horas y horas leyendo periódicos, escribiendo cartas y dando encargos al fosforero?

— ¿El del rincón?

— Sí.  
— ¡Ah! Ese es un gran parroquiano para el fosforero, pues todos los días le compra una porción de periódicos y le gasta papel y sobres, sin contar las propinas que le da.

— ¿Pues en qué se ocupa?

— Ese señor es un especialista en descifrar juegos de imaginación. Apenas sale *La Correspondencia* se enreda con la charada, y después de hacer una porción de combinaciones con las sílabas, cuando logra acertarla, escribe al director del periódico remitiéndole la solución en carta firmada por *Chactas*. Llega *El Herald* y emplea el mismo empeño hasta dar con el rombo, el triángulo de puntos ó el logogrifo, y cuando los acierta, carta al canto, firmada por *Tres amigos*, y envío de la misma con el chico del fosforero. Con el *Blanco y Negro*, *El Domingo* ú otro cualquier semanario, la misma operación y el mismo trabajo para dar reputación de listos á *Menandro*, *Caracolitos* y *Matacanes*, que de todas estas maneras suele firmarse.

— Me parece, por cierto, que te llama: le he oído dar una palmada.

— No, es que se la ha dado en la frente al acertar acaso algunas de las charadas. Tal vez la que tanto le preocupaba, pues hace una hora me llamó para preguntarme:

— «Pepe, ¿qué tienes en la cabeza?»

— «No sé, señor; pero yo bien me limpio.»

— «No digo eso, sino qué tienes de dos sílabas.»

— «Pues, pelo.»

— «No vale.»

— «Canas.»

— «Menos.»

— «Calva.»

— «Tampoco.»

— «Pues entonces, señor, no tengo nada.»

— «Me lo presumía.»

— Y le dejé engolfado con su charada que luego acerté yo: las dos sílabas eran *beza*, y por eso, según el charadista, estaban en la cabeza. Pero no he querido decírselo.

van la fama de ser poco espiritualistas, ó los grandes estratégicos de aquella otra mesa que todas las noches resuelven los más arduos problemas militares y ganan combates y conquistan posiciones, que dejan marcadas sobre la mesa; ó la tertulia de los aficionados á la estadística, que han llegado á averiguar el número de granos de café que tiene cada saco de cuatro arrobas, y los cigarrillos que fuman en un año los parroquianos del establecimiento, con otros resultados no menos maravillosos y útiles; ó el coleccionista D. Venancio, que ha pasado veinte años reuniendo cajas de fósforos y ahora colecciona tapones de botellas.

— Veo, Pepe, que tienes aptitudes críticas que nunca te había supuesto. ¿Por qué no escribes todo eso en periódicos ó libros?

— Porque sería mi perdición... Precisamente el mayor número de mis deudores está entre periodistas y literatos; y no por mala fe, ¡pobrecillos!, sino porque su oficio es bastante más mezquino y menos retribuido que el que yo ejerzo y con el cual voy saliendo y sacando adelante á mi familia.

— Es que además tienes en esta casa un buen turno.

— Sí..., mientras me vivan los parroquianos.

M. OSSORIO Y BERNARD

#### NUESTROS GRABADOS

**Guerra de Filipinas.**—El grabado de la página 260 representa el camino que conduce al fuerte ó reducto chico ó de Pérez en Dahalicán, del cual hablamos en uno de nuestros anteriores números. Por él podrán formarse idea nuestros lectores de la lujuriosa vegetación de aquellas islas y de lo difícil que ha de ser á nuestros soldados avanzar por semejante terreno sembrado de obstáculos naturales. Por esto todos los batallones llevan algunos individuos provistos de *bolos*, especie de machetes, con los cuales se abren paso por entre aquellas selvas enmarañadas, realizando lo que se llama *chapeo*, operación indispensable, puesto que el avance por los caminos ordinarios es imposible á causa de estar sembrados de obstáculos, cortaduras, trincheras, etc. A izquierda y derecha del camino hay multitud de casitas de caña y nipa rodeadas de plátanos. Antes reinaba allí gran animación, pero ahora las casas están abandonadas y destrozadas muchas de ellas. En el fondo de este túnel de verdura se ve la silueta del fuerte chiquito.

De los dos grabados que publicamos en la página 261, el primero reproduce

el grupo formado por el teniente coronel de artillería Sr. Villar y los oficiales francos de servicio, en el campamento de Dahalicán. El segundo es la casa que en Dahalicán se había destinado al general que se alojara en la población: está construida sobre pies derechos de madera y cercada en parte por caña partida; el piso alto es de madera y la techumbre de nipa. Ocupóla el general D. Diego de los Ríos después de permanecer varios días en el molesto barracón que se levantó en el reducto grande: á la verdad, esta vivienda ofrece pocas comodidades para un general de división, máxime si en ella han de habitar también sus ayudantes, pero ¡quién es exigente en campaña y quién no se da por contento con tener un techo bajo el cual recogerse en los momentos de descanso!

**El Domingo de Ramos en los Abruzos, cuadro de C. Tiratelli.**—En todos los pueblos cristianos se celebra solemnemente la festividad conmemorativa de la entrada de Jesucristo en Jerusalén. Las ceremonias propias del día revisten en las grandes ciudades caracteres de magnificencia; pero á pesar de su grandiosidad no pueden compararse con las de las aldeas, llenas de poesía y de esos encantos que sólo en la naturaleza se encuentran y que más que nunca nos cautivan cuando los campos se visten con sus mejores galas, acariciados por los primeros besos de la primavera. En los Abruzos, apenas amanece el Domingo de Ramos, los muchachos se dirigen á los oli-



Primavera, fotografía de Walter Barnett, de Melbourne y Sidney (Australia)

— ¡Hombre, pues es una crueldad!

— No lo creo así; pero de todas maneras no me arrepiento, pues leí en mis mocedades en no sé qué libro que cuando se sirve á otro no se le debe demostrar que es uno más listo que él.

— Eso sería probablemente en el *Gil Blas*, donde hay algo parecido, y me prueba que tienes afición á la lectura.

— La tuve; pero después la fuí perdiendo al convencirme de que los libros no nos son necesarios. Basta fijarse un poquito en el mundo que nos rodea para aprender bastante, sin necesidad de averiguar lo que fingen los escritores. ¡Y si viera usted, señor, para cuánto sirve, cuando se quiere aprovechar, un café de estos! Ya ve usted, en poquísimos ratos ha podido usted conocer varios tipos de gran actualidad y carácter, y á poco que hubiera prolongado el estudio habría tropezado con otros muchísimos, tales como unos parroquianos que se pasan la noche evocando á los espíritus, mientras sus mujeres y sus hijas lle-



Román Ribera

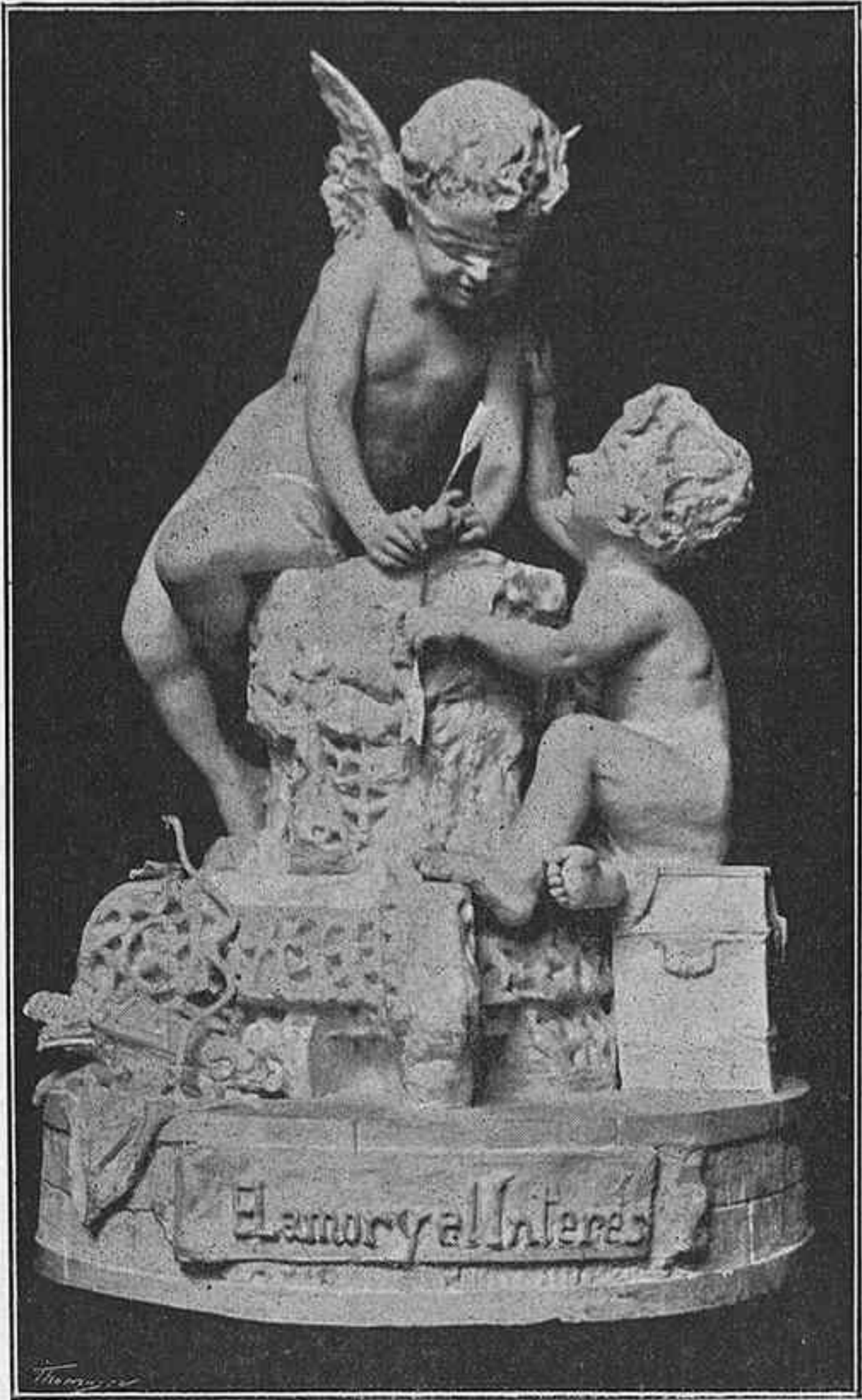
EN EL PARQUE, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)





PINAR Á ORILLAS DEL GUADAIRA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

vares, cortan las ramas más pobladas de hojas y en procesión acuden a la puerta de la iglesia del pueblo; otros van provistos de artísticas palmas adornadas con flores de papel y cintas de colores. Suenan las campanas, los divinos oficios empiezan; la iglesia parece un bosque de verdura que el aire agita, el agua bendita rocía y el incienso perfuma y cien labios murmuran ora-



EL AMOR Y EL INTERÉS, grupo escultórico de Joaquín Bilbao (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

ciones asociándose a las preces del sacerdote. Las palmas bendecidas se colocan en las puertas de las casas, delante de los espejos, en los pesebres de los establos para que atraigan sobre los hogares las bendiciones del cielo. El que desea hacer las paces con alguien le entrega una palma y le dice en el dialecto de su país: *Ecche la palma se vò fà la pace, non è piu tempo da facce la guerra* (toma la palma si quieres la paz; no haya guerra ya entre nosotros). Las muchachas consultan las palmas del Domingo de Ramos como oráculos: para ello arrojan las hojas sobre carbonces encendidos, diciendo: «Palma bendecida que sólo una vez al año nos es dado tener, dime si podré bendecir la del año que viene.» Y si las hojas al quemarse saltan y chisporrotean, se considera como buen augurio. El pintor italiano Tiratelli, al reproducir en su cuadro el regreso a la aldea de los campesinos después de la bendición de las palmas, ha sabido imprimir en su composición toda la belleza que caracteriza las escenas de la vida rural.



D. BARTOLOMÉ PÉREZ CASAS, nombrado por oposición músico mayor de Alabarderos (de fotografía)

**D. Bartolomé Pérez Casas.**—En las oposiciones recientemente celebradas en Madrid ha obtenido por unanimidad de votos la plaza de músico mayor de Alabarderos D. Bartolomé Pérez Casas, cuyo retrato publicamos y de quien vamos a exponer algunos apuntes biográficos.

En 15 de junio de 1895 y hallándose en posesión de un primer premio de armonía, obtuvo también por oposición la plaza de director de la banda del regimiento de España, de guarnición en Cartagena, donde ha vivido y en donde ha estudiado

por correspondencia con los Sres. Cantó, primero, y luego con el eminente Sr. Pedrell.

Debido a su incansable amor al estudio, ha conseguido en los comienzos de su juventud, pues sólo cuenta 24 años, llegar a un puesto que parecía reservado para maestros duchos en las lides musicales.

Dotado de un temperamento musical serio y reflexivo, ha rehuído siempre entretenerse en cosas fútiles, por ser necesidad imperiosa para su alma el cultivo de la música, que no es solamente su arte, sino que constituye también su moral.

Bartolomé Pérez Casas no es un soñador vulgar, es un espíritu fuerte que camina con paso seguro; y con la percepción clara y serena de los cerebros bien organizados, va hacia un fin determinado. Este fin es la música, que es su arte por excelencia.

Enamorado de la escuela moderna, ha estudiado los procedimientos musicales y las maneras de Bach, Handel, Beethoven y Wagner, y poseyendo el instinto de lo bello, ha sabido asimilarse todo lo bueno, haciendo la necesaria selección para no ser un intransigente exclusivista.

No se crea que por ser modernista abomina a los antiguos maestros. Es ferviente admirador de Morales, Victoria, Gluck, Palestrina, Guerrero y demás genios musicales, y en sus estudios ha seguido escrupulosamente el desenvolvimiento del arte musical.

Como cree que para ser un buen compositor, además de la inspiración, que ni se estudia ni se aprende, es precisa la completa posesión de la técnica, ha estudiado los mejores tratados de armonía, contrapunto y fuga, consiguiendo con esto poder moverse con holgura aun dentro de las leyes escolásticas más rigurosas.

Sus principales composiciones melódicas son varios cuartetos llenos de delicadeza, motetes impregnados de mística severidad y escritos con la pureza rítmica de este género de música, y últimamente varias rimas musicales escritas sobre la letra del inmortal Bécquer, rimas que le valieron la entusiasta aprobación del insigne Pedrell.

Tales son, ligeramente esbozados, los rasgos principales de Bartolomé Pérez Casas, en quien saludamos a un representante de la juventud estudiosa, esa gente nueva que llena de entusiasmo, de fe en el porvenir, viene a luchar con nobleza para conquistar a la atractiva y desdénosa gloria.

**El amor y el interés, grupo escultórico de Joaquín Bilbao** (Exposición de Bellas Artes de Sevilla).

—El joven escultor sevillano D. Joaquín Bilbao promete ocupar entre los escultores españoles tan preferente lugar y obtener tan señalados triunfos como los alcanzados en la pintura por su merísimo hermano D. Gonzalo. Las tres obras expuestas en el certamen artístico recientemente organizado en Sevilla han sido una verdadera revelación, pues a pesar de ser el primer palenque a que acude, se ha presentado de modo tan excepcional, ha dado tan extraordinaria muestra de sus aptitudes, que no titubeamos en afirmar que sus obras se considerarán en lo porvenir como galanas producciones de la escultura española. Y que nuestra apreciación no peca de exagerada demuestran sus hermosas composiciones en bajo relieve *El sueño de la Virgen* y *La visión de Fray Martín*, modeladas con singular habilidad y concebidas con el acierto que distingue a las obras del gran arte. De carácter distinto es el grupo alegórico que reproducimos, digno compañero de los relieves a que nos referimos y del apellido ilustre que ostenta el joven escultor.

**Primavera, fotografía de Walter Barnett.**—El autor de esta fotografía pertenece a la nueva escuela de fotografías que desdeñan, por decirlo así, la parte mecánica de su profesión y hacen de ésta una verdadera rama del arte, capaz de expresar la belleza, el sentimiento y por consiguiente de producir creaciones artísticas originales. Dígame si no la preciosa lámina que reproducimos en la página 263, que no vacilarían en firmar los pintores de más renombre; y al hacer esta afirmación no nos referimos naturalmente a la ejecución, perfecta como obtenida por el aparato fotográfico, sino que consideramos la obra desde el punto de vista de la composición, y bajo este concepto la estimamos como acabadísima obra de arte, que honra a Mr. Barnett y con él a la industria fotográfica australiana.

**En el parque, cuadro de Román Ribera** (Salón Parés).—Quien haya seguido paso a paso la vida artística de Román Ribera, hallará seguramente en el precioso lienzo cuya copia figura en este número la expresión de dos épocas, ambas brillantes, pero de diverso carácter. En la distinguida y elegante figura de la dama que se destaca en primer término, revélase al pintor que hoy nos embelesa con sus preciosos tipos femeninos siempre bellos, y que recuerdan los cuadros pintados durante su estancia en París, base de su reputación artística. El dibujo, la agrupación de las figuras, los términos y la tonalidad están perfectamente entendidos, resultando una obra digna del buen nombre de tan merísimo artista, a quien con tanta justicia se considera, así en España como en el extranjero, como uno de los más inteligentes representantes del arte de nuestro país.

**Pinar a orillas del Guadaira, dibujo original de Manuel García Rodríguez.**—Entre los hermosos y variados paisajes que forman las fincas rústicas que bordean el pintoresco Guadaira, destacan algunos por su jugosa y exuberante vegetación, de continuo regada por las aguas del río. Uno de estos poéticos y agradabilísimos rincones de la tierra andaluza ha servido de tema a nuestro amigo el distinguido pintor Sr. García Rodríguez para hacer una vez más gala de sus cualidades de paisajista, apreciadas y reconocidas por los jurados de todas las exposiciones en que ha tomado parte. Recuerdo de su estancia veraniega en el bonito pueblo de Alcalá de Guadaira, inmediato a Sevilla, es el dibujo que reproducimos en estas páginas, ejecutado con el gusto y maestría que caracterizan todas sus composiciones.

**Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras.**—Si bien Baixeras cultiva con provecho todos los géneros, sobresale, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en la que pocos rivalizan con él y quizás ninguno le iguala en la verdad y expresión de los tipos. En sus lienzos hallase reproducido cuanto significa el modo de vivir de los pescadores de las costas catalanas, representados en todas las situaciones, ya descansando de sus penosas tareas en el hogar rodeados de su familia, preparando las redes, disponiéndose para lanzar al mar sus débiles embarcaciones, con tal exactitud y acierto, que a la vez que se adivina el natural se conoce al artista de singular temperamento, que reproduce con admirable

acierto esos cuadros que remedan las costumbres y el modo de ser de una de las clases más dignas de estima y consideración de nuestro país.

**El eminente compositor Juan Brahms.**—Desde la muerte de Wagner ninguna noticia ha producido en el mundo musical alemán la impresión triste y profunda que la de la muerte de Brahms, acaecida en Viena el día 3 de los corrientes. Juan Brahms nació en Estrasburgo en 7 de mayo de 1833, estudió piano y composición en Altona y a los 20 años emprendió

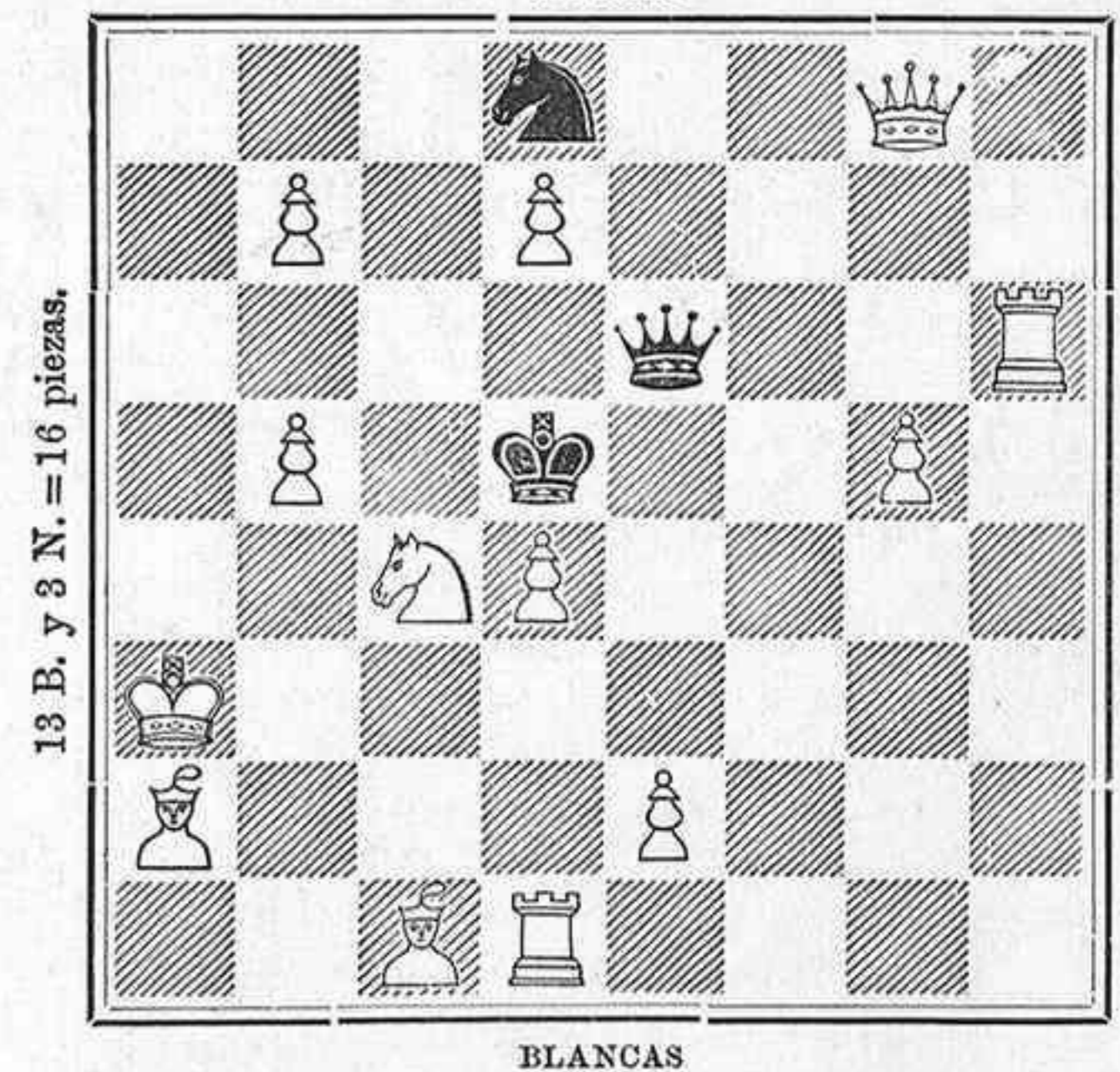


EL EMINENTE COMPOSITOR JUAN BRAHMS, fallecido en Viena el día 3 del corriente

dió un viaje artístico en compañía de un violinista húngaro. En aquella ocasión conoció a Schumann, el cual, admirado de las obras del joven compositor, dedicó un artículo entusiasta en un periódico musical de Dusseldorf. Después de haber permanecido una temporada en Weimar al lado de Liszt, fué nombrado director de coro y maestro de música de la corte del príncipe de Lippe-Deilmold, en la que residió algunos años. Establecióse luego en su ciudad natal, y en 1862 trasladóse a Viena, siendo al año siguiente nombrado maestro de coros de aquella Academia de Canto; en 1864 renunció este cargo, y después de haber vivido en Hamburgo, Suiza y Baden Baden fijó definitivamente su residencia en Viena. Desde 1872 a 1875 fué director de conciertos de la Sociedad Filarmónica, y en 1874 fué nombrado miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín. Como compositor Juan Brahms ha cultivado todos los géneros, excepto el de la música dramática, y en todos ha producido obras magistrales, siempre acogidas con entusiasmo en los principales conciertos del mundo. Brahms es conocido como el más distinguido compositor de la escuela clásica de la segunda mitad del presente siglo, y aunque la posteridad no le coloque en la misma línea que a Beethoven y Schubert, le hará figurar ciertamente al lado de Schumann, cuyo estilo reflejó en alguna de sus composiciones. Nunca se propuso arrebatarse con sus obras a las multitudes, sino que su arte se encaminó a hacerse acepto a las personas inteligentes.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 65, POR PEDRO RIERA



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 64, POR J. TOLOSA

- |                       |                   |
|-----------------------|-------------------|
| Blancas.              | Negras.           |
| 1. T2R                | 1. A6CR (*)       |
| 2. A2AR jaque         | 2. R7T ó T cubre. |
| 3. A toma A ó D mate. |                   |

(\*) Si 1. A5AR; 2. A3R jaque; - 1. A4R; 2. A4D jaque; - 1. A3D jaque; 2. A5AD jaque; - 1. A2AD; 2. A6CD jaque; - 1. AcCD; 2. A7TD jaque, y en todos estos casos la solución sigue así: 2. R7T ó T cubre; 3. A toma A ó D cCR mate.

Si 1. A toma A; 2. C3AR, y 3. T2T ó D toma A mate; - 1. T toma T; 2. A3R jaque, y 3. P6D ó D mate; - 1. T7AR; 2. P6D jaque, y 3. A toma T mate; - 1. T toma A; 2. P6D mate, - y 1. T toma C; 2. T toma A mate.

Cuando se ha visto una sola vez la acción maravillosa de la CREMA SIMON contra las GRIETAS ó las PICADURAS DE MOSQUITOS, se comprende que no haya ningún Cold-Cream más eficaz para mantener el cutis en buen estado. Los POLVOS DE ARROZ y el JABON SIMON completan los buenos efectos de la Crema. Hay numerosas imitaciones ó falsificaciones: para evitarlas, asegurarse de que los frascos llevan la firma del inventor.

J. SIMON, 13, r. Grange-Batelière, PARÍS

## LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL. — ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Vista desde aquella altura, donde le parecía volar, la tierra ya no la encadenaba. Y ella, en tanto crecía á través del espacio, subía á la región de las percepciones inefables, se perdía en la contemplación de lo que no cambia jamás.

Realizaba la leyenda al pie de la letra: tomaba posesión de su alma.

Y entonces, volviendo sobre sí misma, la joven preguntábase si no era lo que tenía delante todo el secreto de la existencia humana; si aquel secreto, tan buscado por todos los hombres al correr tras de la dicha y hallado y conservado por los santos, consistiría únicamente en renunciar al mundo de los goces bajos y degradados que sólo hablan á los sentidos; si no debiera la voluntad proponerse como fin el subir lentamente, penosamente, si así era preciso, los grados de la perfección, para llegar á una cumbre más sublime que la de la tierra del Loc'h, un nivel donde la mirada perdida abarque los cielos en que resplandecen las promesas de la inmortalidad.

La turbación de que se sintió invadida era una turbación religiosa y mística, uno de esos sentimientos imperiosos, dominadores, que imponen silencio á todas las demás voces del corazón y de la razón.

Lena sentíase tan cerca del infinito, que perdía poco á poco la noción de la realidad. Si no era el vértigo de los ojos, ¿no era aquello el vértigo del alma?

Pero la tierra tiene sus desquites y satisfacciones. El genio de la tierra retuvo á Lena por las faldas del vestido immaculado que envolvía su alma flotante en las alturas del éxtasis.

Habíanse callado los perros y los bubos. Los pajarillos no lanzaban ya más que raras notas. Sólo los grillos continuaban llenando el espacio con sus chirridos.

De pronto se hizo oír un sonido en medio de la noche; un sonido dulce, delicado, hecho para las armonías de las tinieblas, tan lleno de melodía que, al escucharlo, era cosa de preguntarse si salía en realidad del pico de un pájaro.

¿Dónde estaba el músico que lo había hecho oír?

Allá lejos, allá lejos, en el fondo oscuro donde los tejados del convento proyectaban sus líneas, aún más allá, en los grupos de árboles que hay sobre aquel Campo de los Mártires que pueblan las almas de los muertos; un ruiseñor, sin duda inclinado hacia su compañera para hacer más breves los momentos de su tarea larga y fecunda, acababa de dar la señal á todos sus hermanos, que velaban como él atentos á la próxima realización de sus más tiernas esperanzas.

No era aquello más que un prelude.

La nota exquisita se repitió en la espesura del ramaje con desconocida potencia, y como una chispa eléctrica hizo surgir el inefable concierto de todas aquellas voces maravillosas.

Por todas partes á la vez los deliciosos músicos alados entonaron su canción.

Una sombra, que acababa de proyectarse al lado de Lena absorbida, dejó deslizarse dulcemente una palabra.

— *Nightyngale*, había murmurado Gwen.

He ahí una palabra que, por cierto, desmiente la fama de dureza del idioma anglo-sajón. Hay en esas cuatro sílabas una vibración cristalina que expresa infinitamente mejor que nuestra pobre palabra *rossignol* el encanto del ser representado por ellas.

*Nightyngale* «cantor de la noche.» Sólo los latinos tenían un término más dulce para expresar la misma idea y traducir la misma imagen. Verdad es que lo tomaban del mito y que en el pájaro músico se reunían un nombre propio y una ficción.

Magdalena se volvió al oír hablar á miss Hotspur. — ¡Chits!, dijo sonriendo y apoyando un dedo en sus labios.

En verdad, la buena Gwen ninguna gana tenía de interrumpir. El ruiseñor había sido siempre su pájaro predilecto.

Las dos mujeres estaban en los escalones del monumento, sobre el zócalo de la cruz. Lena tenía

— ¡Gwen, un instante más!, dijo Magdalena. ¡Un instante más!

— No, no nos queda más que el tiempo preciso para volver.

— Entonces... ¡vamos!, exclamó la huérfana, resignada.

Y empezó á bajar.

Con una mirada llena de intensa avidez abarcó todo el paisaje, como si quisiera llevárselo en el fondo de sus pupilas.

En aquel momento la explosión se produjo.

La joven volvióse hacia la institutriz, su amiga de tantos años, y se echó en sus brazos bañada en lágrimas.

Gwen lo había previsto.

Tenía un sentido exacto de la realidad de las cosas y conocía bien el corazón de su *hijita*; así es que no pensó, ni por un momento, en provocar la confidencia esperada. Había seguido paso á paso la evolución del espíritu y del corazón de Lena hasta el punto de poder fijar, en cierto modo, por adelantado el minuto en que, como un fruto maduro, el secreto de la ondina se desprendería de su alma.

Al realizarse esta previsión era necesario tener manos seguras, manos amigas para recibirlo, y para curar, si hacía falta, la he-

rida que la revelación conmovedora pudiera dejar en aquella alma doliente.

Una emoción intensa inundó el corazón de Gwendolina, emoción de que no dió muestra alguna. Limitóse á estrechar á la joven contra su pecho con más cariño que otras veces, y sin hacerle preguntas contraproducentes ó inútiles, se contentó con murmurar con un acento suave como una caricia:

— ¡Llora, mi pobre hijita! ¡Llora, mi pequeña ondina! Es bueno llorar.

Y las dos permanecieron en aquella actitud durante largo rato al pie de la vieja cruz de piedra.

Una sola cosa le chocó á la joven en aquel momento.

Gwen acababa de emplear un término que no era habitual en ella, una palabra que la huérfana sólo había oído hasta entonces en boca de sus primos.

Miss Hotspur la había llamado *ondina*.

Para Lena, aquel nombre pronunciado por la institutriz era más que una caricia, era algo mejor que un consuelo. Aquello era señal de que no había podido ocultar su sufrimiento á la mirada vigilante y maternal de la excelente mujer. Así es que, en seguida, cual si dicha palabra hubiera hecho el efecto de la hoja de acero cortante y bienhechora con que el médico abre paso al mal que hincha los tejidos, Lena dió rienda suelta á su dolor en este grito:

— ¡Entonces lo sabe usted todo!

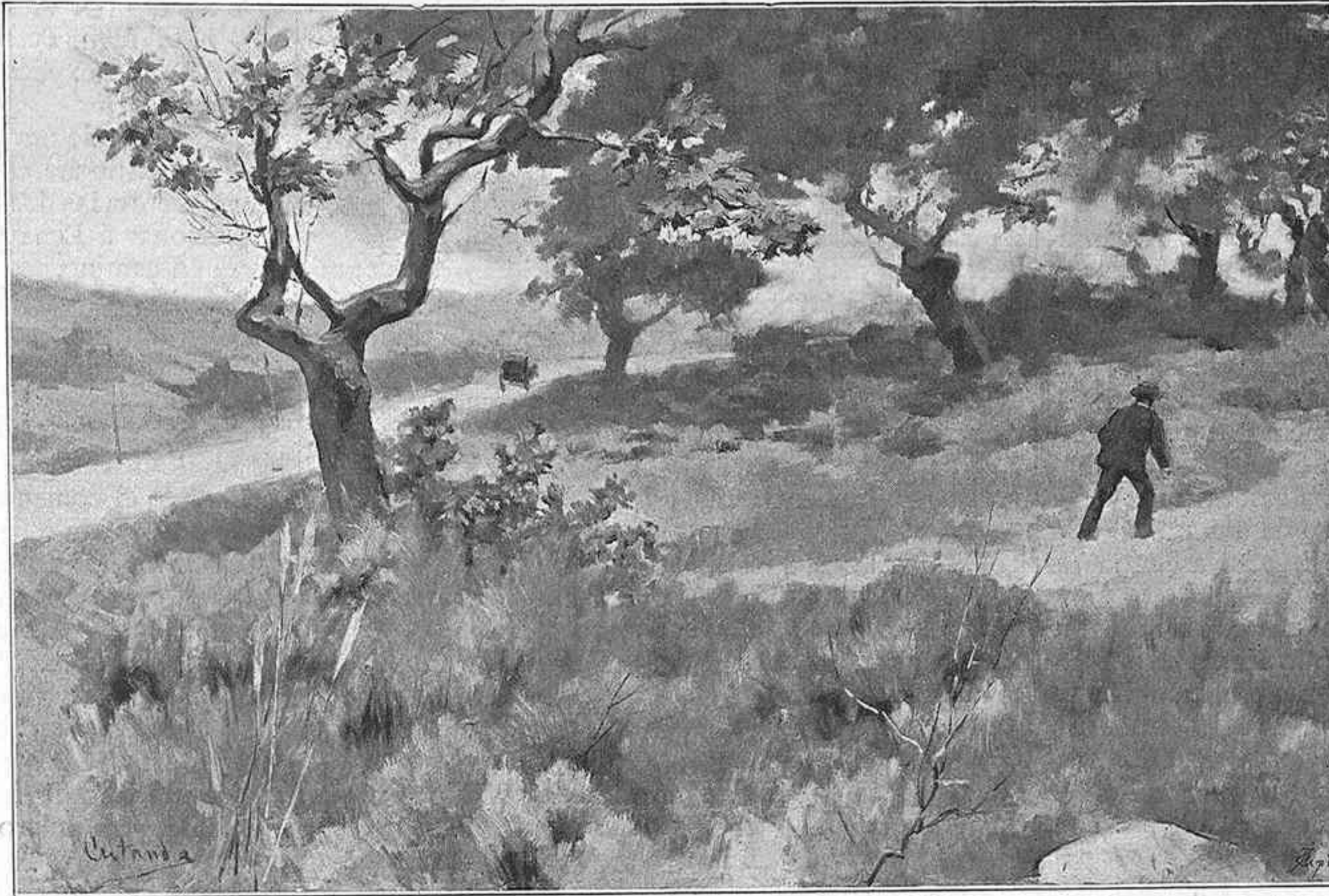
Y apoyó su cabeza y escondió su frente en el hombro de su antigua amiga. Con dulzura, con verdadera compasión, Gwen, sin levantar aquella frente que quería ocultarse, murmuró en voz baja al oído de la joven, que casi rozaba con sus labios:

— ¡Sí, lo sé todo!

Fué aquello una confidencia sin palabras, en que no se pronunció siquiera el nombre del que era causa de aquel llanto.

Miss Hotspur sabía á qué atenerse sobre los sentimientos de la joven, sobre sus angustias y sus penas. Cuando comprendió que la herida había sangrado ya lo bastante, cuando vió aquel pecho menos oprimido, cuando los sollozos eran menos frecuentes, pronunció una frase, sin apresuramiento, sin explicaciones, cuyo efecto fué inmediato, pues Lena nada dijo en contra:

— ¡Vámonos! ¡Tenemos que madrugar mañana para tomar el tren!



Por el camino llegaba un coche, levantando remolinos de polvo...

enlazada con su brazo izquierdo la cintura de su amiga.

Escuchaban juntas mientras los ruiseñores cantaban.

Armonía, divina armonía que arrancaba al gran Platón gritos de entusiasmo y de encanto sublime, tú de quien él hizo el último grado, el fin supremo de la ciencia, el único medio terrestre de percibir por el alma á Dios, ¿son extraños á tus leyes esos gratiosos seres que gobiernan? Las voluptuosidades deliciosas con que embriagan el corazón que les escucha, ¿no les dan conciencia de su mágico poder?

El concierto de cantores cubiertos de plumas había ido poco á poco extendiéndose por el bosque. Apenas había un árbol, hasta entre los que estaban al borde del paseo, que no ocultase entre sus hojas á uno de esos encantadores pájaros.

Las horas huían rápidas, sin que ni una ni otra de las dos compañeras advirtiesen que acababan de sonar las once y media en las campanas de Auray y de Saint-Goustan.

De repente hubo una pausa. Como si obedecieran á una magnética consigna, todos los pájaros callaronse al mismo tiempo.

Lena se irguió. Sentíase impregnada de efluvios melódicos. Pero las voces que cantaban en ella no iban al unisón de los *solos* de los ruiseñores. Pesaban sobre sus nervios entumecidos y confinaban con el llanto.

— ¡Qué hermosura, Gwen, qué hermosura!, exclamaba Lena llevada por el lirismo de su emoción.

Ciertamente, miss Hotspur era sensible á los encantos de la naturaleza, á las seducciones que brotaban de la garganta de su pájaro favorito. Mas había ya pasado de la edad de las turbaciones místicas y de las dichas que hacen desbordarse el alma.

Con voz suave contestó á su compañera:

— ¡Sí, Lena, es muy hermoso!

Y añadió en seguida:

— Muy hermoso..., pero tenemos que pensar en volver.

Las puertas del convento estaban ya, seguramente, cerradas. Mas por un favor especial, y á pesar de todas las reglas de la comunidad, miss Hotspur y su discípula tenían permiso para permanecer fuera hasta las doce, y aquella noche utilizaban el permiso por primera vez.

¡Tomar el tren! Sin duda era para regresar al castillo de Ely.

Magdalena levantó de nuevo la cabeza.

Dos lágrimas pendían aún de sus largas pestañas. Pero ya la sonrisa iluminaba su rostro. Movi6 su hermosa cabeza y murmuró resueltamente:

— ¡Oh! Sí... Adivino, comprendo... Ya sé ahora cómo debo amar.

Y volvió á bajar la escalera de la torre del Loc'h. Alrededor, entre las ramas, los ruiseñores reanudar6n su concierto.

## VIII

## PERPLEJIDADES

Sin embargo, en el castillo de Ely reinaba la inquietud.

La fecha del regreso había llegado sin que recibiera el tutor carta de Lena en que ésta anunciase su llegada.

Por el contrario, Pedro había recibido una de miss Hotspur que lo dejó caviloso. ¿Qué contenía aquella carta? No lo dijo.

El comandante esperaba visiblemente que su hermano entrase en la vía de las confesiones. A consecuencia de su reciente conversación, tenía algunos motivos para suponer que se había operado un cambio en el espíritu de Pablo.

En efecto, el teniente de navío encerrábase en una especie de mutismo; hasta parecía evitar el encontrarse con su hermano, como si previera una pregunta á la que no supiese qué responder.

Pablo aún no había tomado una resolución. Al día siguiente de su paseo nocturno y de sus reflexiones al pie del *men-hir*, sus dudas le habían asaltado de nuevo.

La vuelta de la luz del día produce con frecuencia esos efectos, y si es verdad, según lo afirma el proverbio, que la noche es buena consejera, también es cierto que el día suele destruir los consejos de la noche. Pablo se había puesto á juzgar la situación, no ya bajo el influjo de la poesía de la luz de la luna y de las estrellas, sino con eso que puede llamarse el *buen sentido diurno* de las cosas. Lo que le había parecido la víspera perfectamente lógico y natural, parecía ahora erizado de dificultades. La principal de las objeciones nacía, á sus ojos, del carácter de Lena y de la necesidad de reconocer ante ella su reciente error relativo á Alina de Pelvoux.

Una vez más, era el amor propio el que hablaba.

Es, en efecto, bastante frecuente que un hombre no consienta de la noche á la mañana en confesar que se ha engañado. Que Pablo se equivocó era evidente; que se lo confesase á sí mismo era fácil, que consintiera, en caso preciso, en reconocerlo ante su hermano á solas y aun en presencia de Magdalena, en una conversación sin importancia, era posible. Pero que bruscamente, sin plazo, sin preámbulo, fundara en ese reconocimiento la base de una petición para obtener la mano de Lena, he ahí lo que creía imposible.

*Imposible* no era, acaso, la verdadera palabra. Pablo sentíase interiormente inclinado por una atracción poderosa á ceder un día ú otro á la necesidad de aquella petición. Mas era en eso donde precisamente estaba el peligro. Veía el acto que tenía que llevar á cabo tan erizado de obstáculos, que aquello equivalía á una imposibilidad.

Por eso aplazaba la resolución de un día para otro.

Filosóficamente y prácticamente, los aplazamientos son faltas. Los que á ellos recurren proceden como los niños que apartan la vista de las medicinas que tienen que tomar. El aplazar las cosas para el día siguiente no reduce las dificultades, hace perder ocasiones propicias y quita fuerzas y valor en medio de la preocupación y de la incertidumbre.

Eso le ocurría á Pablo al cerrar sus ojos y al negarse á adoptar una resolución, esperando, como un fatalista oriental, que los acontecimientos le forzasen á tomar una iniciativa.

Precisamente, los acontecimientos le prestaron ese servicio.

Hasta la víspera del día en que Magdalena debía volver á Ely no le preocupó su silencio.

— ¡Bah!, decía á su hermano, cuando hablaban del asunto ordinario de sus conversaciones, ¿es posible que no conozcas mejor el carácter de tu pupila? Nuestra ondina es el capricho, es la versatilidad en forma de mujer. ¿Si resultará que la conozco yo mejor que tú?

— La verdad es, decía Pedro, que podía prevenirnos, ó más exactamente, debía prevenirnos, pues ya sabe ella que no podemos enviar el coche al azar, sin aviso alguno.

Pablo se encogió de hombros.

— ¿No nos reservará una sorpresa? ¡Si habrá resuelto llegar como una bomba! Créeme, sería absurdo el inquietarnos.

Estaba tan convencido de ello, que el día marcado salió del castillo muy de mañana y prolongó su paseo hasta el islote que encerraba la tumba de Alain.

A decir verdad, se hallaba seguro de que al volver al castillo encontraría en él á miss Hotspur y á Lena, repuestas ya de la fatiga de su corto viaje. Auray no está tan lejos de Saint-Gildas que el trayecto pueda realmente considerarse como un verdadero viaje, sino más bien como un paseo.

Además, Pablo quería tomarse el mayor tiempo posible para afrontar el primer choque. Parecíale que Lena, apenas fijase en él su mirada, vería no al primo, al amigo ó al compañero de otro tiempo, sino al candidato á su mano, es decir, al personaje oficial á quien el cambio de las simpatías y de las mutuas confianzas aún no ha hecho interesante y que hasta desempeña un papel ridículo á los ojos de ciertas jóvenes.

Pablo tenía horror al ridículo, y antes que soportarlo hubiera guardado silencio toda la vida.

Era, pues, para decidir qué actitud le convenía para lo que evitó el encontrarse en el castillo en el momento de la llegada de Lena. Al obrar así, engañábase por completo.

Nada es más fácil que romper el hielo de las presentaciones á favor del movimiento y de la animación que lleva consigo un viaje. Hubiera corrido donde su prima, la hubiera ayudado á bajar del coche y á recoger los paquetes, maletas, cajas y sombrereras de que siempre se rodea una mujer que viaja; mientras hacía esto, hubiérale dado al mismo tiempo la bienvenida, la hubiera besado y todo hubiese quedado hecho.

Pero ya la cosa iba á ser distinta.

Por de pronto, Lena habría notado su ausencia al llegar; habríase sentido un tanto ofendida ó, por lo menos, apenada. Después habría tenido tiempo de cambiar su vestido de viaje por otro más ceremonioso. De modo que por haber querido eludir el embarazo de aquella primera entrevista en medio del descuido propio del caso, el teniente de navío se había impuesto la doble necesidad de una entrevista más solemne y de una excusa que explicara su ausencia.

Reflexionaba sobre ello, midiendo vivamente con sus pasos el camino.

Las doce sonaban cuando llegó al islote.

No había un alma en aquellos parajes.

Veíanse sólo algunas velas lejanas deslizándose por la superficie azul del Océano. El sitio no era á propósito para las meditaciones, pues Pablo de Guenezán, á pesar del amor desdichado de que ya se curó y del amor tímido á que se preparaba, había conservado una salud robusta y un apetito no menos fuerte.

El estado de abatimiento pasajero en que lo puso su permanencia de dos años bajo los trópicos no había tenido más consecuencias que la de hacerle apreciar mejor las ventajas de la patria, y entre estas ventajas la posibilidad de una buena comida no era la que le agradaba menos.

Así es que al oír vibrar las doce campanadas en la torre de Saint-Gildas, el oficial se acordó de que en su precipitación por huir del castillo, sólo había tomado un desayuno muy ligero, análogo al *frustulum* de los días de ayuno. El apetito invocaba sus imprescriptibles derechos.

Estaba demasiado lejos del castillo para poder volver á tiempo de almorzar. Por otra parte, conocía en la inmediata aldea un sitio donde había hallado varias veces suculenta comida.

Dirigióse hacia allí.

Desde que divisó el invariable letrado «se sirve de beber y de comer,» Pablo experimentó legítima satisfacción.

El comedor estaba lleno de pescadores y de marineros. Levantáronse y se descubrieron todos al ver entrar el oficial.

Pablo distribuyó á derecha é izquierda apretones de manos; dió bromas á unos y tuvo amables frases para otros, pues á todos los conocía.

Luego fué á sentarse á una de las mesas donde las criadas se apresuraron á ponerle el cubierto y á llevarle un jarro de sidra y un pedazo de pan negro.

Entretanto, el joven entabló la conversación con sus vecinos.

De pronto reconoció en una esquina de la mesa al cochero que hacía diariamente el servicio entre Sarzeau y Arzón.

— ¡Eh, padre Gludic!, le gritó. ¿Viene usted de Sarzeau?

— Sí, Sr. D. Pablo.

— ¿No ha encontrado usted nada en el camino?

El buen hombre abrió sus ojos con sorpresa.

— ¿Que si no he encontrado nada? ¿Qué quiere usted decir?

— Que si no ha visto á mi prima y á la inglesa.

— No, Sr. D. Pablo, no las he visto.

Aquella respuesta le preocupó al oficial.

Calculaba mentalmente que el cochero, saliendo de Sarzeau á las nueve de la mañana y llegando á Arzón á eso de las dos de la tarde, debía haberse hallado en el cruce del camino de Vannes con el coche de Lena y de miss Hotspur.

Si no lo había encontrado era que Lena no regresaba aquel día.

Esta reflexión le puso caviloso.

Almorzó rápidamente, pagó el gasto y volvió á tomar el camino del castillo.

Allí encontró á Pedro, que estaba tan inquieto como él.

— No acabo de comprenderlo, decía el comandante algo contrariado. ¿Se burlará de nosotros esa loquilla?

Y añadió por vía de reflexión:

— Está bien. Pero miss Hotspur es una persona seria. No me explico cómo no nos ha prevenido de este retraso.

El capitán de navío dejó que pasara el día y cuando llegó la noche escribió á su pupila y á la madre María Teresa las dos cartas que tan vivamente debían impresionar á Lena y cambiar su resolución de ponerse en camino.

Los días que siguieron fueron sumamente tristes para los dos hermanos.

Evitaron ambos más que nunca el comunicarse sus reflexiones.

Por fin, les llegó la contestación de Magdalena, que les produjo verdadero estupor.

Cuando el comandante había hablado á su pupila de una vocación religiosa eventual, lo había hecho en broma. Sinceramente, nada temía por ese lado.

Mas la hipótesis que había tenido por absurda tomaba cuerpo y la misma Magdalena la confirmaba. Aquello era para Pedro un verdadero dolor.

— No, jamás yo hubiera creído á Lena capaz de darme ese disgusto, exclamó cuando la sorpresa del primer instante le arrancó la expresión de la amargura que acababa de invadir su alma.

Pero el más dolorosamente afectado de los dos no fué él.

Pablo acababa de sentir algo así como un cruel desgarramiento.

La carta de la joven resolvía el problema que á sí mismo se planteaba desde hacía algunos días y resolvíalo destruyendo sus más secretas y queridas esperanzas.

Era ya, pues, inútil buscar el medio de conciliar su declaración con su dignidad, como había sido inútil también el haberse escapado del castillo por evitar el primer encuentro con su prima.

Después de engañado en su afecto por Alina, cuando ya se hacía la idea de que Lena podría ser su esposa, hallábase con una decepción todavía más amarga.

Lena no le había amado nunca, Lena no había nunca pensado en él, Lena ni siquiera había pensado jamás en casarse. ¿No era de ello una prueba decisiva su resolución de hacerse monja? Si Magdalena era, realmente, la joven perfecta que le había pintado su hermano y que él mismo se complacía en reconocer como tal, no debía haber tomado semejante decisión á la ligera, sino después de largas meditaciones.

Sin embargo, queriendo poner contra mal tiempo buena cara, encogióse de hombros y dijo á su hermano irónicamente:

— ¡Bah! ¡Si es esa su vocación!.

Era precisamente de aquella vocación de lo que el comandante no quería oír hablar.

Renegó en todos los tonos de las religiosas, expresándose contra ellas en general y contra la subpriora en particular.

— ¡Todas iguales esas monjas! Se figuran que las mujeres están hechas para encerrarse entre cuatro paredes y entonar cánticos de la mañana á la noche. Eso es lo que ellas llaman «elegir la mejor parte.»

Pablo le apoyó:

— Acaso no les falta razón, dijo; es un santo egoísmo. Se sustraen á los cuidados de la tierra y entran vivas en el cielo. Así es que nuestra querida prima, la madre María Teresa, se ha apartado tanto del mundo, que no la hemos visto más que dos veces, y su hermana, la madre de Lena, murió sin poder darle un beso de despedida.

— ¡Por vida de!., exclamó Pedro. Ella es la que ha debido influir en la conciencia de Lena, persuadiéndola de que tenía vocación.

Naturalmente, de labios de uno y de otro salían quejas inspiradas por la contrariedad. Ninguno de ellos creía, en el fondo, lo que acababa de decir.

El comandante suspiró, añadiendo con resignación obligada:

- No hay más remedio que aceptar lo que no puede impedirse. ¡Que se haga monja, si su inclinación es esa! Yo no opondré ningún obstáculo. Pero si ella se imagina que voy a asistir al acto de su profesión, bien se engaña. Todo lo más que haré será regalarle la toca.

El joven respondió sólo con un gesto evasivo y se alejó, por no continuar el diálogo.

Aún le quedaba a Pedro algo que decir:

- Conque ahí tienes las consecuencias de haber dejado escapar la ocasión, mientras corrías detrás de tu parisiense. Tenías aquí una perla y te fuiste en pos de un cristal tallado. Ahora estás sin una cosa ni otra. Lo has merecido. Hay en las fábulas de La Fontaine un perro que hizo lo mismo que tú y que tuvo la misma suerte.

Después de descargar sobre su hermano su mal humor, el capitán de navío, conservando una esperanza, a pesar de todo, en el fondo de su corazón, volvió a su despacho.

Entretanto Pablo esforzabase por coordinar sus ideas, en las cuales aquel inesperado golpe había producido una gran confusión.

La imagen evocada por las últimas palabras de su hermano causóle la impresión más dolorosa.

No, bien seguro, tampoco él iría a ver profesar a Lena.

Había asistido siendo niño a una de esas ceremonias, justamente a la de la madre María Teresa, y de ella había conservado un recuerdo indeleble.

Con motivo de la carta de Lena, aquel recuerdo había asaltado su memoria.

Volvió Pablo a presenciar el acto imponente, con todos sus detalles: la llegada del sacerdote y del cortejo; la entrada de la novicia, que iba a hacerse profesita, vestida de blanco y coronada de flores de azahar, como conviene a la esposa de Cristo; la fórmula de los votos; el ruido de las tijeras cortando los largos cabellos; la mortaja cubriendo a aquella viva, voluntariamente separada del número de los vivos; los salmos fúnebres, y por fin, la resurrección de aquella muerta con su hábito sagrado.

Pablo iba recordando con aterradora precisión lo que vio con sus ojos de niño. Por un extraño fenómeno de interposición, no era a la madre Teresa, sino a Lena a quien veía en aquellas diversas actitudes y en aquellos diversos momentos de la ceremonia.

Entonces su espíritu ya no pudo soportar aquel espectáculo.

Fué a encerrarse en su alcoba y se esforzó por no pensar en ello más.

Hundido en un sillón, con la cabeza entre las manos, la mirada vaga, sin ver nada de cuanto tenía alrededor, sin percibir rumor alguno que lo consolase, lleno de desdén por la vida, permaneció entregado al más atroz de los tormentos.

En verdad, aquel dolor no era para él inútil.

Solo, absorbido en su desvarío amargo, comprendía, por la intensidad misma de su dolor, cuánto quería a Magdalena, cuán íntimos y poderosos eran los lazos que unían sus dobles destinos y cuán grande era la gratitud que debía a la Providencia por haber roto sus esposales con Alina.

Cuando la soledad de su alcoba se le hizo insostenible, se levantó, escribió de prisa algunas palabras dirigidas a Pedro, y silbando a *Spring*, después de descolgar de la panoplia su escopeta, tomó, acompañado del perro de Terranova, el camino de Sarzeau.

Un proyecto bastante singular, una resolución algo extravagante, pero que daba la medida de su carácter enérgico, acababa de germinar en su cerebro.

Puesto que Lena les notificaba tan desembarazadamente su resolución de entrar en el claustro, él iría, antes que aquella formalizase más su compromiso, a hacerle los reproches que Pedro y él tenían derecho a hacer a la joven.

Sólo tenía que andar unas doce horas de camino, era buen andador y hasta apasionado por las expediciones a pie. Aún podía hacer más corto su viaje franqueando el estrecho que media entre Arzón y Loc-Maria-Ker.

El perro era un compañero; pero la escopeta no era más que un estorbo. Por consecuencia, Pablo volvió a dejar la escopeta en su sitio y animó al perro dirigiéndole estas simples palabras:

- ¡En marcha, *Spring*! ¡Vamos a buscarla!

IX

ENTRE DOS INFINITOS

Pablo no debía llegar muy lejos.

Aquella noche magnífica en medio de la cual caminaba, con la angustia en el corazón, era la misma que sugería sus meditaciones a Lena sobre la plataforma del Loc'h.

Había tantos ruiseñores en los robles, en los olmos y en los fresnos de Saint-Gildas como en las agrestes arboledas de Auray y del Campo de los Mártires. Mas el corazón del teniente de navío no estaba abierto a las influencias musicales de aquella noche de mayo. Las grandes emociones tienen celos unas de otras, se excluyen mutuamente. El dolor había deprimido demasiado el alma de Pablo de Guenezán para que éste fuese accesible a más armonías que a las de su infortunio.

Pero ese choque de la adversidad que arranca al genio gritos sublimes hacía sonar en el alma del oficial los primeros acentos del amor verdadero.

Andaba siguiendo el camino que va como una cinta por entre los arbustos. Marchaba con la cabeza inclinada hacia el suelo y con los brazos colgando, como un pobre diablo a quien hubiera abandonado la razón, entre los postes kilométricos, y que quisiera orientar su marcha sin objetivo.

Delante de él, *Spring* corría con presteza, volviendo frecuentemente donde su amo, como para sacarlo de su absorción, como para hacerle ver las seducciones del paisaje en medio de las cuales pasaba ciego en su desvarío doloroso.

¡Ay! El teniente de navío no veía nada, no oía nada.

En vano la luna prodigaba en torno suyo, en todas las vueltas del camino, el hechizo de sus rayos, multiplicando, completando la magia de aquella decoración salvaje y soberbia. En vano las brisas, volando ligeras entre las ramas, añadían nuevos estimulantes a los coros de ruiseñores y saturaban el aire con los perfumes de la flora bretona. Pablo ya no tenía sentidos. No veía más que su pensamiento horadando un corazón que desgarraba en pedazos.

¡Lena monja! ¡Lena cubierta con una mortaja, con el hábito gris del sacrificio eterno y de la abnegación divina!

Eso era lo que veía en aquel instante.

Le había hecho falta aquella sacudida para saber por sí mismo que la amaba. Su voluntad sobreexcitada negábase a creer en semejante desdicha.

Concibió el impío proyecto de disputar a Dios el don de aquella pureza, el homenaje de aquella inocencia.

¿Qué había hecho él para que Lena fuera suya? ¿Había sabido conquistar aquella joven alma imponiéndose a su candoroso ensueño? No, no había sabido captarse su confianza, atraerse su afecto. Lena había sido para él indiferente.

Como un ignorante ó como un insensible, dejó abrirse a su lado aquella flor de la tierra natal. Sus ojos permanecieron obstinadamente cerrados. Había sido necesaria para que los abriese la honda conmoción moral que acababa de sufrir.

A pesar de ello, no aceptaba la sentencia, protestaba contra el merecido castigo en que incurrió.

Cuando por toda clase de motivos debía callar y respetar el recogimiento en que iba a encerrarse aquella alma que se apartaba del mundo, quería hablar y darle a conocer su transformación y detener a Magdalena en el umbral del convento.

Avanzaba en tanto, dejando kilómetros a su espalda. El joven, absorto en sus ideas, no se daba cuenta de que ante sus pasos iba abreviándose la distancia.

Al mismo tiempo aclarábanse las tinieblas. Las noches son cortas en esa estación y el día despunta a las tres de la madrugada.

Al llegar al cruce de los caminos que se dirigen a Vannes y a Sarzeau sintió una vacilación.

¿Qué debía hacer?

Y sobre todo, ¿adónde iba? ¿Por qué caminaba en vez de hallarse tranquilamente en Ely gozando del reposo a que era acreedor después de sus dos años de campaña en Oriente? Su viaje solitario no se podía tomar por un paseo de trasnochador deseoso de oponer al insomnio una fatiga bienhechora.

No se había puesto en camino por pasearse.

Comprendió bruscamente lo absurdo de la situación.

¿Llevaría hasta el fin su plan de ir al convento de la Prudencia a echar a Lena en cara su decisión, que él tenía por violenta?

Mas la joven no le debía nada, no tenía que darle cuenta de nada. A lo sumo sería Pedro quien podría atribuirse un derecho semejante... Pero ¿no había Pedro renunciado al uso de ese derecho?

El comandante le había dicho que no negaría a Magdalena su autorización de tutor para que la joven llevara su determinación a cabo. Por otra parte, las cosas no habían llegado aún a ese punto; la huérfana no había dado todavía ningún paso oficial.

¿A qué venía, pues, la intervención de Pablo?

Por tercera vez aparecía en escena el amor propio. El oficial reconoció que su intervención era del

todo improcedente y que corría el riesgo de representar un papel ridículo. Desde aquel instante la palabra y la idea del ridículo contuvieron los audaces propósitos de Pablo, que dió algunos pasos atrás.

Pero era aquella una retirada indecisa, producto más bien de influencias extrínsecas que de una reflexión interna.

Después de haber retrocedido algunos pasos, Pablo se detuvo sintiéndose asaltado por nuevas vacilaciones.

En aquel momento, en el Sudeste, hacia el horizonte del mar, dejóse ver en el cielo una mancha blanca.

La mancha creció rápidamente, y de un punto que era al principio, se convirtió en una línea. Un borde pálido marcó el límite extremo del alcance de la mirada; los vapores de la noche desgarráronse como velos de ligera gasa; la niebla deshízose en humo en toda la extensión de la llanura durante el primer minuto de aquel albor y algunas cimas destacáronse entre la fugitiva sombra.

- ¡Vamos, es el día!, exclamó Pablo con cierto desfallecimiento.

Sí, era el día; el día que consuela y que fortalece, la sonrisa del sol que disipa las tinieblas de la duda y del desaliento y que da ánimo a las almas viriles por un instante abatidas.

Las primeras horas de la mañana tienen la particularidad de hacer más imperioso el sueño del hombre, precisamente cuando los animales abren sus ojos sin vacilaciones desde que la primera flecha de oro desgarró el velo de la obscuridad nocturna.

Aunque su intención era volverse atrás, Pablo de Guenezán experimentó esa impresión; un peso invisible cerraba sus párpados. Incapaz de resistirlo, y por otra parte no teniendo motivo alguno que le obligase a continuar despierto, decidió acordar a la naturaleza el alimento que con tanta insistencia le reclamaba.

A cuarenta ó cincuenta pasos, bajo el follaje, había una cabaña de peón caminero. Pablo se dirigió hacia ella.

La puerta estaba abierta, ó mejor dicho, no había puerta. El joven tuvo una verdadera satisfacción al encontrar dentro de aquel albergue un lecho de paja, formado de haces recién cortadas. Nadie había dormido allí aún. Pablo había hecho campañas más duras y sabía por experiencia que no hay nada tan suave y tan blando como un lecho de paja para los miembros rendidos del viajero.

Extendióse allí con deleite, mientras *Spring* se echaba formando un círculo a sus pies delante del umbral, y se durmió en el más profundo sueño.

Cuando se despertó serían las nueve. Pablo abrió sus ojos algo sorprendido.

¿Por qué se encontraba en aquella choza? ¿En virtud de qué prescripción había preferido aquella cama de paja de peón caminero al esculpido lecho de su alcoba estilo Enrique II?

Su interrogación no duró más que un instante.

Levantóse y corrió a lanzar una mirada hacia la bahía, por encima del bosque.

El sol estaba ya bastante alto. Sus rayos habían secado el rocío. Manchas redondas y amarillas caían sobre la hierba, deshaciendo a su contacto las perlas aún temblorosas en las débiles ramas. Comenzaba a sentirse el calor.

Y frente a aquel radiante cuadro, al joven le extraño no tener ya en el corazón el tormento que lo había martirizado en medio de la noche. La esperanza le vino durmiendo, como un ladrón que teme ser mal recibido al entrar.

- ¡Pues no soy yo simple!, dijo en alta voz el oficial riéndose a carcajadas.

Y entonces, bien resuelto, volvió a tomar el camino del castillo.

Pero lo tomó por el bosque, siguiendo los senderos que lo atraviesan, pues tenía prisa por hacer olvidar a su hermano la extraña escapatoria que al partir le había anunciado por escrito y bajo sobre.

Cosa singular é inexplicable, *Spring* no quería avanzar por aquel camino. Mostraba además una alegría que a primera vista podía observar cualquiera.

De repente, sin aviso previo, el perro dió dos ó tres sonoros ladridos, y separándose de Pablo salió por el paso más corto al camino de Vannes a Sarzeau, dando prodigiosos saltos.

- ¡Cómo!, murmuró aparte el oficial. ¿Qué quiere decir esto?

Pronto supo a qué atenerse.

Por el camino llegaba un coche, levantando remolinos de polvo y llenando los ecos con el ruido penetrante de sus ruedas.

Marchaba de prisa, arrastrado por uno de esos vigorosos caballos de raza bretona que la artillería ha elegido para sus baterías.

(Concluirá)

## SECCIÓN CIENTÍFICA

## APARATOS DE SALVAMENTO

La acción del aceite derramado sobre el mar para calmar el furor de las olas es conocida desde hace mucho tiempo, pero sólo de algunos años á esta par-

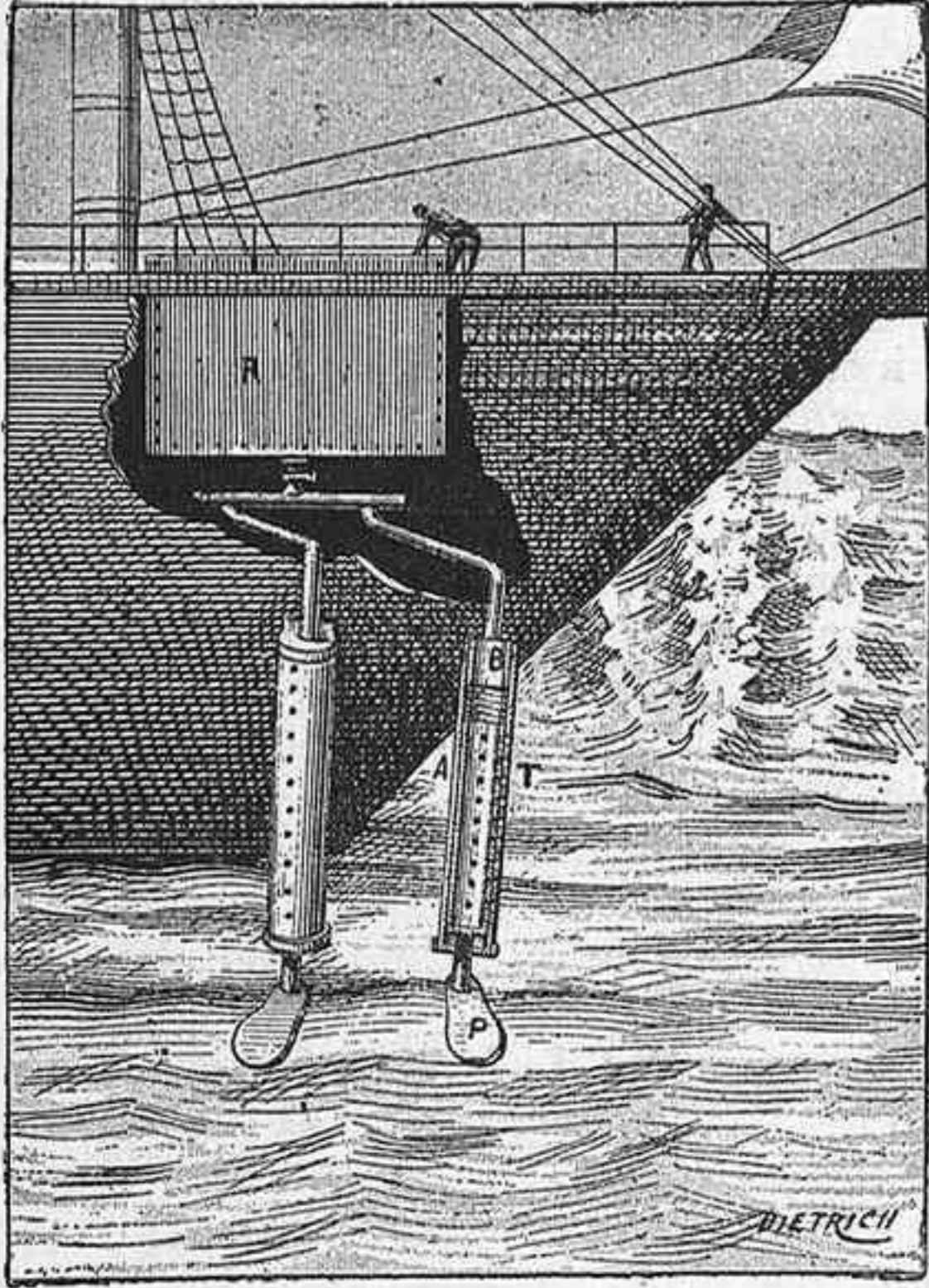


Fig. 1. - Aparato destinado á derramar el aceite en el mar según sea la agitación de las olas

te ha sido este asunto estudiado metódicamente. El almirante francés M. Cloué ha hecho sobre el particular numerosos experimentos que no dejan la menor duda acerca de la eficacia del procedimiento y de los cuales resulta que una pequeña cantidad de aceite basta para dominar un temporal: en efecto, ha calculado, según la cantidad empleada y la extensión de la superficie en donde la presencia del aceite se manifestaba, que una capa de un espesor de 1/90.000 de milímetro, esparcida sobre la superficie del agua, produce el resultado que se desea. A menudo los marinos se contentan con colgar á lo largo de los costados y en la proa del buque algunos sacos de estopa empapados en aceite; este sistema es algo primitivo.

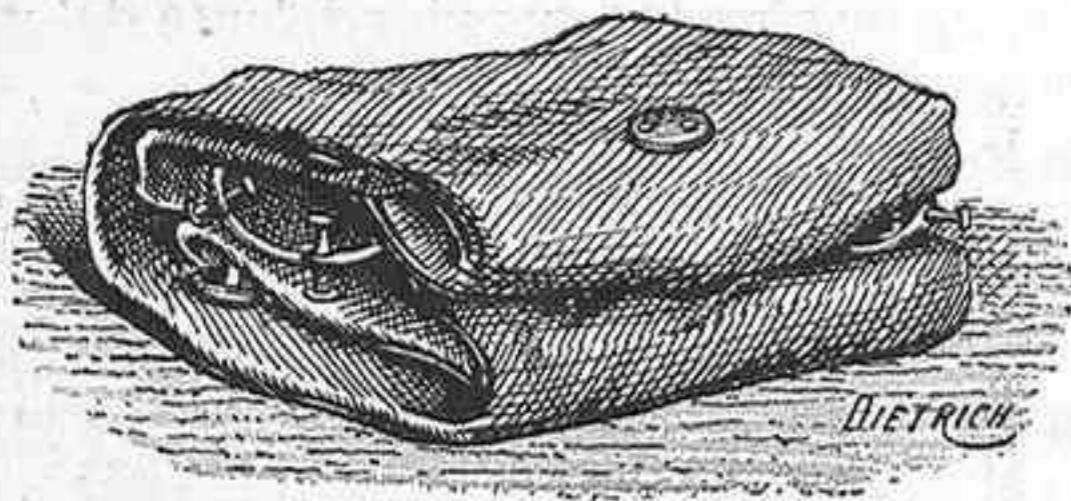


Fig. 4. - Boya reductible plegada

Algunos inventores, sin embargo, han tratado de obtener resultados mejores por medio de procedimientos más perfeccionados, y uno de ellos ha propuesto construir una especie de obuses cargados con aceite que calmarían la agitación de las olas á bastante distancia de la proa del barco. Esta idea no es mala y podría prestar excelentes servicios, sobre todo á las lanchas de salvamento.

También se ha construído un mecanismo que permite regular el gasto de aceite en proporción á la agitación del mar. El barco lleva un depósito de aceite R (fig. 1), que por medio de un tubo cerrado por una espita se comunica con una serie más ó menos numerosa de cilindros A: estos cilindros están formados por dos tubos A y B, encajados uno dentro de otro y provistos de agujeritos T, que pueden encontrarse unos enfrente de otros y dejar escapar el líquido, ó no coincidir y cerrar por consiguiente á éste toda salida. El movimiento de las olas es lo que realiza la maniobra necesaria para abrir ó cerrar automáticamente esos agujeritos.

A este efecto una paleta bastante ancha P está fijada, perpendicularmente al eje del cilindro, en la base del sistema, y cuando una ola la levanta empuja uno de los tubos hacia arriba, estableciendo de este modo la coincidencia de los agujeros: en cuanto cesa esta acción, un muelle rechaza el tubo B, quedando el sistema herméticamente cerrado. El derrame del aceite es, por consiguiente, proporcionado á la frecuencia de los golpes de mar sobre la paleta. Para que el aparato deje de funcionar basta cerrar la espita de que antes hemos hablado.

El efecto calmante del aceite sobre el mar ha sido aplicado no sólo á los barcos sino que también á las boyas de salvamento. Dos inventores franceses, los

Sres. Desbrosse y Dibos, han construído un sistema de tubos de metal que forman una especie de galería T (fig. 2), la cual se fija en el salvavidas que constituye la boya propiamente dicha: estos tubos están llenos de aceite y un mecanismo especial muy sencillo abre los orificios dispuestos para la salida del líquido gota á gota sólo cuando se echa la boya al mar. Alrededor de ésta fórmanse una zona de calma que permite en primer lugar que los naufragos se mantengan más fácilmente á flote y en segundo que puedan acercárseles más fácilmente los que van á salvarlos. Además, para llamar la atención de noche, los inventores han puesto en el centro del aparato un cilindro de cobre L, que contiene fosforo de calcio, materia que tiene la propiedad de producir al contacto del agua un gas que

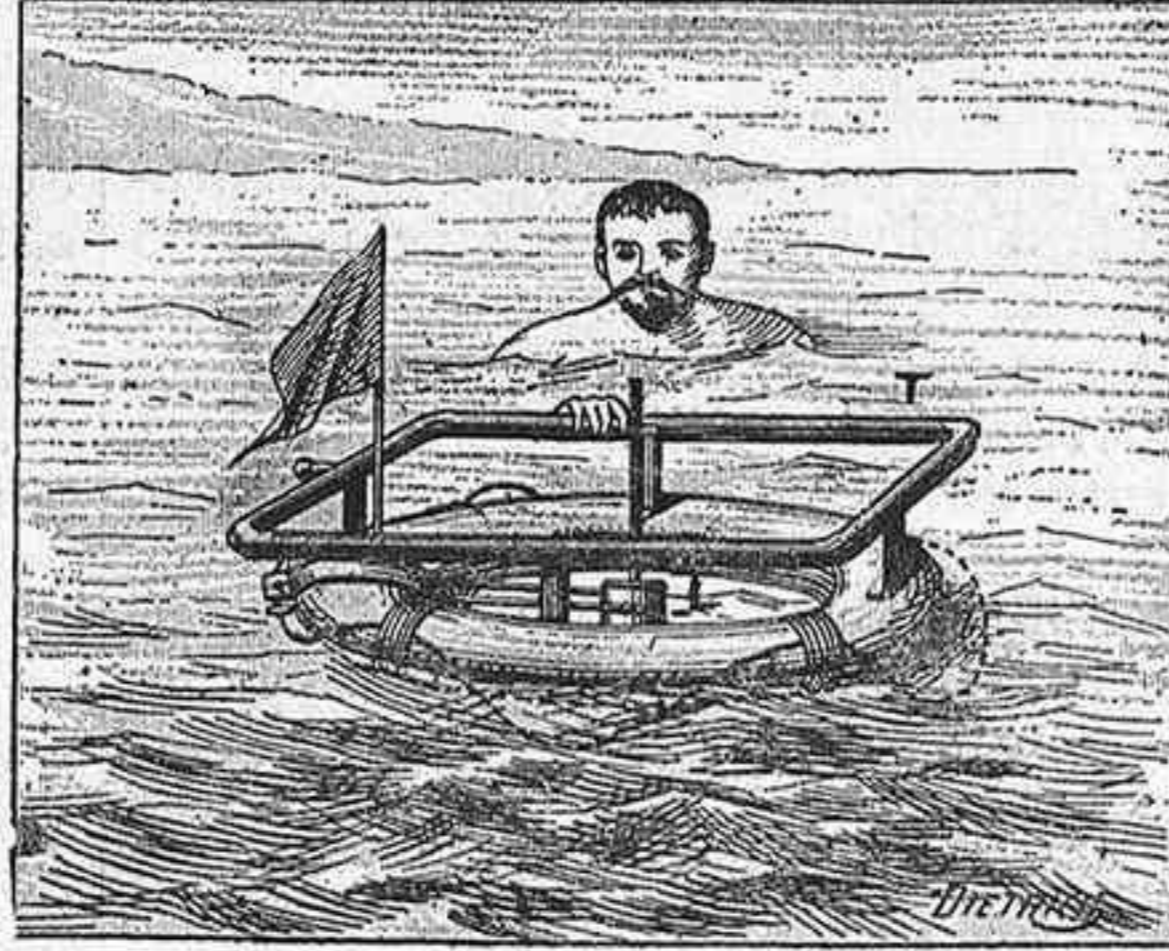


Fig. 2. - Boya con derrame de aceite y alumbrado automático

se inflama espontáneamente: gracias á esto, en cuanto se echa la boya al agua prodúcese la luz en seguida.

A propósito de boyas, diremos que recientemente se ha querido hacer insumergibles los buques, disponiendo en todos los huecos de los mismos grandes sacos impermeables plegados y unidos entre sí por medio de una canalización que vaya á parar á un depósito de gas comprimido: en el momento del peligro bastaría abrir la llave del depósito para que todos los sacos se henchieran rápidamente.

Esta idea nos parece poco práctica, pues en un buque ha de haber los menos huecos posibles si se quiere que los fletes produzcan algún beneficio, y en cuanto á los espacios reservados á los pasajeros, á las máquinas y á la tripulación, sería muy difícil disponer en ellos esos sacos con sitio suficiente para henchirse en el momento preciso. Es probable, por consiguiente, que la marina se contentará por mucho tiempo todavía con tener á bordo de los buques salvavidas reductibles como los de que están provistos la mayoría de las grandes embarcaciones y que son independientes del barco. Estos salvavidas consisten en grandes sacos de tela impermeable, que ocupan muy poco espacio cuando están plegados (fig. 4), y que una vez henchidos forman una especie de colchón provisto de asas á las que pueden agarrarse diez personas á un mismo tiempo. La idea del gas comprimido de que queda hecha mención podría en este caso ser aceptada para realizar rápidamente la operación de henchir los salvavidas (fig. 3).

Las tripulaciones de los botes de salvamento realizan prodigios de valor y abnegación, pues por embrevado que esté el mar, nunca vacilan en volar en socorro de los naufragos. Varias veces se ha querido poner á su disposición medios más perfeccionados que el bote de remos de que se sirven actualmente, pero siempre sin resultado.

Quizás se conseguirá mejor éxito con el nuevo barco que recientemente se ha construído en América y que á juzgar por su disposición y por su forma especial parece ha de ser de resultados satisfactorios.

Este barco se compone de tres flotadores sólidamente unidos entre sí: el mayor, colocado en el centro, divídese en cinco compartimientos estancos y contiene la caldera de vapor y el propulsor; los otros dos, más pequeños, están colocados uno á cada lado del primero para conservar el equilibrio del sistema. No hay en él ni ruedas ni hélice, ni timón, piezas todas esenciales á la vida del buque y susceptibles de deterioro con mal tiempo; para reemplazarlos se recurre á un propulsor constituido por una bomba que empuja el agua en los orificios practicados en la parte inferior de la embarcación en distintas direcciones. Según se abran uno ú otro de estos orificios, la marcha se verifica hacia adelante, hacia atrás y aun de costado. Dos torrecillas provistas de escaleras interiores y de puertas estancos sostienen una plataforma unida á los flotadores por medio de escalas de cuerda. Dispuesto de esta suerte este barco puede, al parecer, resistir las mares más gruesas.

## LÁMPARA INCANDESCENTE DE M. BRENOT

Recientemente se ha dado á conocer una nueva lámpara de incandescencia que nos parece llamada á prestar excelentes servicios en casos especiales en los que es preciso producir un alumbrado intenso con un material portátil. El principio sobre el cual se basa el aparato no es nuevo; es el que ha sido ya empleado por el doctor Paquelin hace veinte años para su termo-cauterio que tanto ha servido á los cirujanos.

El experimento fundamental es de fácil realización: se toma un hilo de platino arrollado en espiral, se le calienta en una lámpara de alcohol hasta la incandescencia y luego se le transporta lo más cerca posible



Fig. 3. - Boya reductible henchida con aire para el salvamento

del nivel del alcohol contenido en un vaso: en esta posición permanecerá incandescente mientras haya alcohol en el vaso. En vez de alcohol puede emplearse éter ó esencia de petróleo; si se utiliza el alcohol se fabrica formol ó aldehído fórmico y de este modo se tiene un aparato desinfectante cuyos efectos pueden observarse en una habitación en donde se fume, puesto que en seguida desaparece el olor del tabaco.

Pero hay además un pequeño aparato que en forma más comercial reproduce exactamente este experimento y tiene por objeto la desinfección de las habitaciones.

En la lámpara incandescente inventada por M. Brenot en vez de una espiral se lleva á la incandescencia una esferita de tejido de platino, calentándola con un fósforo y proyectando sobre ella por medio de una pera de caucho una corriente de aire cargada de vapores de esencia de petróleo de que está empapada una esponja contenida en el mango B del aparato (fig. 1); la proporción del aire está regulada por medio de una llave R; la esferita A va montada en el centro de un reflector metálico F que proyecta los rayos muy lejos, tanto que puede leerse un periódico á la distancia de 100 metros. Un modelo más pequeño que se fija en la frente (fig. 2) permite al médico examinar la boca y la la-

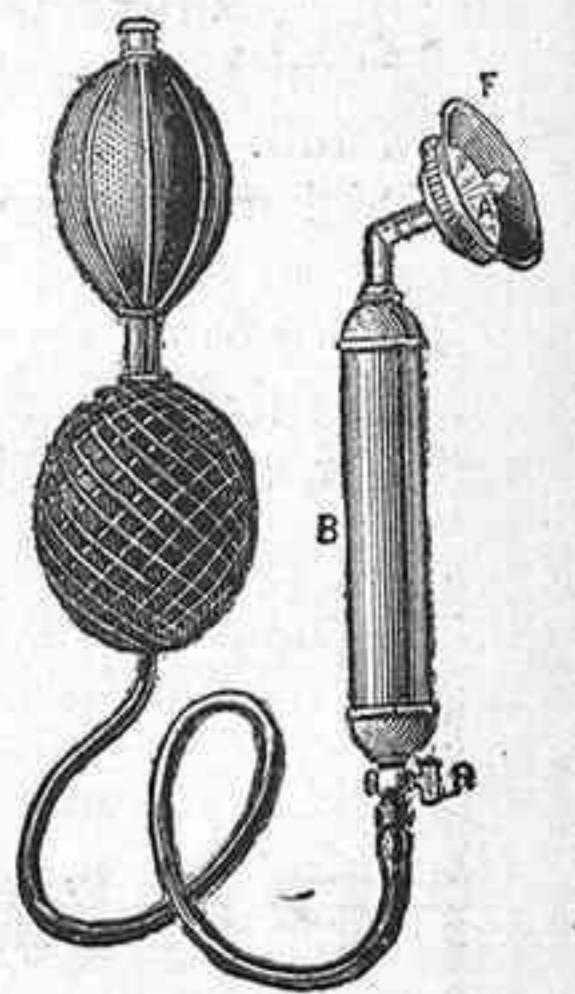


Fig. 1. - Lámpara de M. Brenot.



Fig. 2. - Aplicación de la lámpara de M. Brenot para el examen de la boca y de la laringe

ringe; y para que pueda tener las manos libres, el aparato insuflador está dispuesto de modo que pueda ser movido por el pie.

El inventor se propone también construir un modelo que se adapte á los faroles de los velocípedos y en el cual una pequeña bomba movida por la máquina enviará el aire necesario al arrastre de los vapores de petróleo.

G. MARESCHAL

(De Le Monde Moderne)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION  
POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ORÍGENES DE LA VIDA ECONÓMICA, por *Pedro Estabán*. - Para que nuestros lectores comprendan la importancia de este libro, enumeraremos únicamente los libros y capítulos en que se halla dividido: el primero trata de las funciones fundamentales de la vida económica, y comprende los capítulos guerra y caza, la caza, caza y pesca, utilización y domesticación de animales, transición a la agricultura, orígenes de la agricultura, la vida agrícola, orígenes de la industria, de la industria fabril; el segundo, de las funciones intermedias de la vida económica (el cambio, el transporte); el tercero, de las funciones superiores de la vida económica (arte y ciencia), y el cuarto, de las leyes naturales y económicas. Dada la competencia del Sr. Estabán en punto a estas materias, ocioso es decir cuánta es la importancia del libro y cuánto interés ofrece en todas sus partes, resultando de ello que la obra se lee con gusto, y al par que instruye con sus sabias enseñanzas, deleita por la forma amena en que está escrita. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Vidal Hermanos (Ronda de San Pedro, 12).

EXTERIORIZACIÓN DE LA MOTILIDAD, por *Alberto de Rochas*, versión española por *Victor Melcior y Farré*. - Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de ocuparnos de este libro con la detención que merece; en la imposibilidad de hacerlo, nos limitaremos a decir que en él se estudian y se explican los fenómenos verdaderamente maravillosos que hasta hace pocos años se consideraban como supercherías y que hoy son objeto de serios estudios científicos. El coronel de Ingenieros francés M. Rochas es bien conocido en el mundo de las ciencias por sus importantes trabajos sobre esta materia y su libro ha despertado gran interés y es digno de ser leído. La versión española, cuidadosamente hecha por el Sr. Melcior y Farré, Académico correspondiente de la Real Academia de Medicina de Barcelona, y precedida de un notable prólogo del catedrático de Medicina de la Universidad Central D. Abdón Sánchez Herrero, se vende en Barcelona, en las principales librerías, á 5 pesetas y 6 en provincias.

PANORAMA NACIONAL. - El cuaderno 20 de esta importante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Herme ngildo Miralles contiene 14 bellísimas fotografías de monu-

mentos de Avila, Segovia, Santas Creus, cartuja de Miraflores, Cangas de Orís, Loyola, Madrid, Toledo, vistas del puerto de Gijón, del de Santa Cruz de Tenerife, del Pico de Teide, de Ceuta, una escena militar y una gran vista panorámica de Lérida. Véndese á 70 céntimos.

LA CASA DE SHAKESPEARE, por *Benito Pérez Galdós*. - Nada hemos de decir en elogio de este libro, que forma parte de la acreditada Biblioteca Diamante que publica el editor barcelonés D. Antonio López: la firma de su autor, el escritor y novelista incomparable, es la mejor garantía del interés de la obra y de las bellezas que la avaloran. Véndese á dos reales.

RONDA VOLANTE, por *Francisco Barado*. - Colección de episodios, narraciones y estudios de la vida militar, de lectura amena y á cual más interesante, escritos con el profundo conocimiento que de estos asuntos tiene el reputado escritor señor Barado y en el estilo castizo que le caracteriza. El tomo forma parte de la Biblioteca Selecta que publica en Valencia D. Pascual Aguilar, y se vende á dos reales.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
DE APÍOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
CAPSULAS DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B'N BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK  
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Hemostático el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Ergotina y Grageas de BÉRGOTINA BONJEAN  
Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

MÈRE DE CHANTILLY  
ORLÈANS - FRANCE  
UNGUENTO ROJO MÈRE  
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS  
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones  
Infiltraciones y Derrames articulares  
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes  
Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE  
BALSAMO CICATRIZANTE  
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.  
EN TODAS LAS DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.  
Elegir en el rótulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SIMIENDE DE LINO TARIN  
Preparado especial para combatir con suceso  
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Higado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).  
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche.  
La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE  
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.  
El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE  
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.  
TARIN, Farmaceutico de 1<sup>ra</sup> Clase, ex-Interno de los Hospitales  
PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

CEREBRINA  
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS  
Suprime los Cólicos periódicos  
E. FOURNIER Farm<sup>a</sup>, 114, Rue de Provence, en PARIS  
MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI  
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del ros.ro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVOLE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón París)

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo **SIMPLE**. Exclusivamente vegetal  
Prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES**  
*Acritud de la Sangre, Herpetismo,  
Acne y Dermatitis.*  
**CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>**, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con **IODURO DE POTASIO**  
Empleado como tratamiento complementario del **ASMA**,  
este Medicamento es igualmente **SOBERANO** en los casos de  
Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades  
Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis.  
Folleto según los últimos trabajos de **MÉDICOS ESPECIALES**.

**CARRERAS-CAZA**  
**EMBROCACIÓN MÉRÉ** de Chantilly  
**INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR**  
**LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
FOLLETO FRANCO **MÉRÉ FARM. ORLÉANS**

**AVISO A LAS SENORAS**  
**EL APIOL** de los **JORET-HOMOLLE**  
CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los  
flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento,  
las enfermedades del pecho y de los intestinos,  
los espantos de sangre, los catarros,  
la disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y  
entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**,  
médico de los hospitales de París, ha comprobado  
las propiedades curativas del **Agua de Léchelle**  
en varios casos de flujos uterinos y hemorragias  
en la hemotisis tuberculosa.  
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

Frasco 6 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pine y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES & C<sup>o</sup> B<sup>o</sup> St-Denis 48

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos  
Alivia y Cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN**  
**ASMA**  
y toda afección  
Espasmódica  
de las vías respiratorias.  
25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, París.

**MEDICACION TÓNICA**  
**PILDORAS Y JARABE**  
DE  
**BLANCARD**  
Con ioduro de Hierro inalterable  
**ANEMIA** **COLORES PÁLIDOS** **RAQUITISMO** **ESCRÓFULOS** **TUMORES BLANCOS**  
etc., etc.  
Exijase la firma y el sello de garantia.  
**PARIS**  
40, rue Bonaparte, 40

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS**  
**PATERSON**  
con **BISMUTHO y MAGNESIA**  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**, Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**  
**PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART**, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
**PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
**PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine**  
y en las principales farmacias.

**VINO AROUD**  
**MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.**  
DOS FÓRMULAS:  
**I - CARNE-QUINA**  
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.  
**II - CARNE-QUINA-HIERRO**  
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.  
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.  
**CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>**, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

**CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier**  
ó de las 3 Marcas  
**A**DOPTADA por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra **Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.** Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.  
Más solubles, más fáciles de tonar que las pildoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.  
En **PARIS, 8, rue Vivienne** y en todas las Farmacias.

**UNGÜENTO ROJO MÉRÉ**  
DE CHANTILLY  
**CURACIÓN SIN TRAZAS**  
DE LAS **ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
FOLLETO FRANCO **MÉRÉ FARM. ORLÉANS**